

Teresa Cid



"Amistad, ese cielo anticipado  
en que las almas elevadas  
se encuentran con Dios,  
principio y fin de toda verdadera amistad"

*P. MORALES. Tesoro Escondido, 144*

## Amistad y vocación a la santidad



Nº 5 Colección  
X ANIVERSARIO PADRE MORALES

EDITORIAL   
HORIZONTE

# AMISTAD Y VOCACIÓN A LA SANTIDAD

---

TERESA CID

EDITORIAL HORIZONTE  
Madrid 2004

## ÍNDICE:

1. Introducción .....	5
2. Amistad y vocación a la santidad .....	7
3. Los santos nos enseñan a “amar la familia” .....	15
4. Los santos nos enseñan a construir la “civilización de amor” .....	23
5. Nuestra amistad con Cristo: la Eucaristía .....	35
6. Testigos del amor: la verdad de dar la vida .....	46
7. La amistad del padre Morales con los santos: su amistad con Teresa de Lisieux .....	54

© Cruzadas de Santa María  
C/ Benito Gutiérrez 45, 28008 Madrid  
Tf.: 915439951 Fax.: 915448621  
e-mail: loyomar@planalfa.es  
www.cruzadasdesantamaria.org

Maquetación: Tesela, S.L.  
Impreso en Artes Gráficas Castilla, S.L.  
C/ Cuatro Postes 6, Ávila.

## 1.- Introducción

La última obra publicada por el padre Morales, el año anterior a su muerte, *Semblanzas de testigos de Cristo para los nuevos tiempos* (1993), narra en doce volúmenes, la vida de los santos, cuya lectura nos recomendaba asiduamente invitándonos a entablar amistad con ellos. La amistad, especialmente la amistad con los santos, y la vocación a la santidad será el hilo conductor de nuestro trabajo. Para ello, nos hemos basado, además de en la obra anteriormente citada, en otros escritos del autor, y en su propia vida, que iluminada por el Evangelio y el Magisterio de la Iglesia, nos ha permitido introducirnos en el tema que nos proponemos desarrollar.

Dios nos habla en la vida de los *santos*. Los santos nos enseñan, en primer lugar, a *amar la familia*. Amar la familia es una consigna pontificia que se dirige a cada uno de nosotros, de modo particular, a cada familia. La familia es el lugar privilegiado de la "humanización de la persona y de la sociedad" (*Christifideles laici* 40). "Es el *camino* de la Iglesia... La comunión de las personas en la familia es preparación para la *comunión de los santos*... *Amar es vocación de todos*, también de los esposos y de las familias. En la Iglesia todos estamos llamados a la perfección de la *santidad*" (Carta a las familias 14). La santidad es amor. La vida de los santos así nos lo demuestra.

La familia constituye el centro y el corazón de lo que Pablo VI calificó como *civilización del amor*. El amor *no* es una *utopía*: ha sido dado al hombre como un *cometido que cumplir* con la ayuda de la *gracia divina*. Humanidad es llamada a la *comunión interpersonal*. En el *fiat* de María está la fuente de la comunión, que es mucho más que el éxito de un recíproco acuerdo humano; es, más bien, un ilimitado y recíproco hacer espacio dentro de sí al otro. La Iglesia, iluminada por la fe en Jesucristo, habla de la complementariedad y colaboración activa entre el hombre y la mujer. Dios confía la *construcción de la historia* a la 'unidad de los dos'. Entender el amor como una tarea significa, para el hombre, que está llamado, siguiendo el

estilo de Cristo, a desarrollar una actitud de *amor nuevo*, que afirma a la mujer como persona. Para la mujer, que está llamada a mostrar a los demás su especial capacidad de amar, el genio profético del que habla Juan Pablo II. María revela la verdad profunda de la mujer: es aquella que *consiente-hace posible* que la Vida que está bajo el Padre se haga visible. *Consentimiento que genera vida*. La mujer es fuente de vida, creadora de comunión porque es inspiradora de donación. La fecundidad del amor nos trae la salvación.

Aprender a amar con "todo el corazón" no es posible sin la conversión: El hombre y la mujer tienen que *dejarse convertir*. Se trata de la *conversión de la humanidad a Dios*, de reconocer que Dios es nuestra 'ayuda'. De ahí que el padre Morales señale que "la raíz del progreso en la vida interior no está sólo en el amor, sino en el amor que *se siente perdonado...* de aquí arranca nuestro *crecimiento* en Su amor". Para construir la civilización del amor, necesitamos, pues, la *gracia divina*.

La amistad culmina en la *Eucaristía*, Cristo es el Esposo, y el Amigo. Nuestra *amistad con Cristo*, se convierte en una luz que nos guía interiormente y nos permite convertir nuestra fe en vida, para que "no sea vana la cruz de Cristo" (I Cor 1, 1). La amistad con Él, nos muestra que "la fuerza de la verdad" (RH 12), es la fuerza del testimonio, que se manifiesta en nuestra debilidad. La Eucaristía nos transforma, por el amor, en Cristo, en *apóstoles*.

Siguiendo el ejemplo de los santos, seremos testigos del amor de Dios en el tercer milenio como nos pide la Iglesia, y la sociedad espera de nosotros. A ello nos invita también el testimonio del padre Morales, gran cultivador de la amistad a lo largo de toda su vida, nos revelará con que santos intimó especialmente en los últimos años, quiénes le acompañaron de cerca alentándole a coronar la cima<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Hemos incluido algunas anécdotas personales del padre Morales a pie de página. Situadas en este lugar, esperamos que no distraigan al lector. Constituyen el testimonio de nuestra gratitud y afecto hacia él. Le invitamos a leerlas y a que aporten también las suyas. La amistad, cuánto más se comparte, más crece.

## 2.- Amistad y vocación a la santidad

Dios nos habla no sólo en la Biblia sino también en la vida de los *santos*: "que siendo hombres como nosotros se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo" (2 Cor 3, 18). Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. *En ellos, el mismo Dios nos habla*, y nos ofrece un signo (anticipo) de su reino, hacia el cual somos poderosamente atraídos con tan gran nube de testigos que nos envuelve' (*Lumen gentium* 50)". A través de la lectura podemos entablar amistad con los santos, conocerlos e intimar con ellos, como nos aconseja el padre Morales:

"La lectura te hace disfrutar de un privilegio único. Te solidariza con los grandes genios. Multiplica en ti la alegría de vivir. Abre tu espíritu para que contemples los mismos horizontes de los grandes hombres. Te invita a fundar con ellos una *sociedad en Dios*. Te hace sentir realidad la *comunión de los santos*, soporte de la vida mística"<sup>2</sup>.

Los santos cuando intiman, cuando se conocen y se tratan, anudan una amistad que traspasa fronteras y edades: "En la capilla del carmelo de Lisieux cuatro santos lanzaron a Teresita a la santidad... Después de dos siglos, Sales se convierte en animador pujante de Juan Bosco"<sup>3</sup>. El ejemplo de santa Catalina de Siena llegará hasta el Perú impulsando a santa Rosa de Lima: "Se repite en Lima lo sucedido en Siena dos siglos y medio antes... Las nuevas "mantelatas" peruanas vivían el Evangelio íntegro en la calle"<sup>4</sup>. Algunos han tenido el privilegio de encontrarse y tener una relación personal:

<sup>1</sup> T. MORALES, S.J., *Vademécum del cruzado*, Cruzada de Santa María (Valladolid 1973) 266.

<sup>2</sup> T. MORALES, S.J., *Coloquio familiar*, Cruzada de Santa María (Valladolid 1971) 243.

<sup>3</sup> *Vademécum*, 45.

<sup>4</sup> T. VIII, *Semblanzas de testigos de Cristo para los nuevos tiempos*, Encuentro (Madrid 1993) 244.

“Los *encuentros de los santos* en la tierra son siempre inefables. No hay palabras para describirlos. *Tienen algo de cielo*, son “toque delicado que a vida eterna sabe”, añoranza de ver a Dios cara a cara (cf. 1 Cor 13, 12), como Él es (1 Jn 3, 2)”<sup>5</sup>.

San Vicente de Paúl y san Francisco de Sales, se conocieron y rápidamente entablaron amistad: “Una afinidad unió a aquellos hombres tan diferentes. ¡*Qué bien se entienden los santos!* Vicente encontró en Francisco lo que en vano había buscado en Berulle, un *santo*, y le entregó su corazón y su persona. Sales, por su parte, con cierta intuición sobrenatural, adivinó en el capellán de los Gondi un alma gemela en su aspiración hacia Dios”<sup>6</sup>. “Los ejemplos te hacen volar al cielo”<sup>7</sup>. La amistad lleva a Dios: “El sentido común y sobrenatural de Sales ya lo intuyó: ‘Aquellos que viviendo entre los hombres del mundo, pretenden la verdadera virtud, es necesario que *se unan* entre sí por medio de una *santa amistad*... La perfección no está en no tener ninguna amistad sino que ésta sea buena y santa’. La amistad viene de Dios. A Dios debe volver. Es sólo un medio para ayudarnos”<sup>8</sup>.

La amistad auténtica lleva la verdad, el amor, Dios mismo, a los demás<sup>9</sup>. “Eso fue san Ignacio de Loyola: *cultivador de la amistad* que sabe ganarse la confianza. Así recluta sus primeros compañeros y busca amigos y bienhechores que colaborarán en su obra. Gana si prisas a cada uno, y en especial a Javier, ‘la arcilla que más le costó modelar’”<sup>10</sup>. “Francisco Javier se formó en esa escuela. Cordial y atractivo, roba el corazón de cuantos le tratan. Se lleva de calle a todos cuantos habla. El trato con Ignacio potencia al máximo aquella nativa simpatía que imantaba corazones y le hizo escribir a sus veintinueve años desde París al castillo de Javier: Acá, todos se me hacen muy amigos”<sup>11</sup>. Con sencillez escribe el padre Morales de sí mismo: “Unas migajas de esta cordial apertura ignaciana me ha regalado el santo para beneficiaros a vosotros. Ni la Cruzada ahora

5 T. IX, *Semblanzas*, 166.

6 *Ibidem*.

7 *Vademécum*, 46.

8 *Ibidem*.

9 *Tesoro escondido*, 159.

10 *Ibidem*, 185.

11 *Ibidem*, 186.

ni el Hogar del Empleado antes hubiesen podido nacer ni subsistir sin esa apertura cordial que es la amistad sincera y espontánea”<sup>12</sup>. Gran cultivador de la amistad, nos ha dejado unas páginas muy bellas sobre el arte de conquistar amigos<sup>13</sup>.

“La amistad es un camino que sirve para penetrar en ese fin último que siempre permanece a la sombra. En ese marco natural es donde santo Tomás integra la amistad con la libertad de un modo nuevo en relación al último fin”<sup>14</sup>. Santo Tomás sitúa el tema de la amistad<sup>15</sup> en el tratado sobre la esperanza: “Es en ella donde, por medio de un afecto, la libertad alcanza el fin que la dirige internamente, la bienaventuranza. La esperanza está puesta en la acción del amigo que puede obrar en mí y sacar lo mejor de mí mismo. Entonces la amistad nos permite introducir un afecto en Dios, que estará relacionado con el hombre y que éste debe recibir con el acto inicial de *conversión* que permite acogerlo en el *acto de fe*”<sup>16</sup>. En esta conexión de una libertad que se ofrece para acoger el don que hace libre y nos introduce en la amistad divina, se requiere acudir a un afecto especial que entra en las “entrañas de Dios”. “Existe un afecto nuevo que procede de lo profundo de Dios, puede llegar a lo profundo del hombre y puede salvarlo... Por tanto, la misericordia de Dios nos da esa libertad filial que se entrega al Padre diciendo que se cumpla su voluntad”<sup>17</sup>.

12 *Ibidem*, 186.

13 T. MORALES, S.J., *Hora de los laicos*, BAC (Madrid 1985)347-392.

14 J.J. PÉREZ-SOBA, “Libertad y afectividad”, en *Actas del Congreso de Teología Moral* (17-18 mayo 2002), “*Para ser libres Cristo nos ha liberado*” (*Ga* 5, 1), Facultad de Teología “San Dámaso” (Madrid 2004) 150.

15 “La amistad es una cuestión omnipresente, casi obsesiva, en el pensamiento del Angélico. Aparece mencionada en las circunstancias y con los matices más precisos. Es un tema que, intuido con profundidad desde un inicio, va reformulando una y otra vez, adquiriendo un valor más englobante en el conjunto de su teología. Parte de una experiencia humana, pero su centro real es la revelación de un amor nuevo, la auténtica amistad con Dios es la caridad, principio de todos los actos cristianos, forma y madre de todas las virtudes” (J.J. PÉREZ-SOBA, “La pregunta moral en santo Tomás”, en *Cuadernos de pensamiento* 16, Fundación Universitaria Española, Madrid 2004, 260).

16 J.J. PÉREZ-SOBA, “Libertad y afectividad”, 151 op. cit.

17 *Ibidem*, 152.

La voluntad de Dios es que seamos santos: "Un tesoro desconocido es para la mayoría de los cristianos el bautismo. Ignoran que por él son 'sacerdocio real, nación santa' (1 Pe 2,9), 'hijos de Dios' (1 Jn 3, 2). Desconocen que el bautizado está llamado a la *santidad*: 'Ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación' (1 Tes 4, 3)"<sup>18</sup>. La consagración bautismal reforzada en el sacramento de la confirmación, restaurada en la penitencia y vigorizada en la eucaristía: "te lleva a la santidad sencilla y alegre conviviendo con los demás sin salir del mundo. Te invita a vivir plenamente el Evangelio"<sup>19</sup>. El bautizado "no es un simple maestro que enseña lo aprendido, sino que es alguien que vive y actúa conforme a una *profunda experiencia* de lo que *cree*"<sup>20</sup>. La *santidad* consiste "en la identificación de nuestra voluntad con la de Dios en alas del *amor*... la vida se nos comunica y conserva *para amar*, sirviendo a Dios"<sup>21</sup>.

"Vivir de amor para morir de amor y eternizarse en Dios en el amor. El Evangelio te lo enseña: *la santidad es amor*... Aquí está el secreto de santa Teresita 'la mayor santa de los tiempos modernos' (san Pío X). Alcanzó santidad sublime porque dentro de la Iglesia quiso ser el *amor*. Siguió el ejemplo de la Familia de Nazaret: la vida más divina bajo las apariencias más vulgares. La grandeza de una vida y de una muerte se miden por el *amor*"<sup>22</sup>.

Para comprender la *radicalidad del amor* y su sentido originario respecto a la libertad es necesario remitirse a un amor anterior a nuestras elecciones, a un *amor originario* de origen divino. El amor originario, si es libre, no sólo da lugar a un principio original e indeducible sino a una *verdadera historia*. La revelación del amor cristiano no es alcanzar una idea de amor, sino introducirnos en una historia de amor de la que somos invitados a ser protagonistas. La revelación del amor es que Dios tiene una *historia de amor*, de amor en

<sup>18</sup> *Hora de los laicos*, 259.

<sup>19</sup> *Ibidem*, 262.

<sup>20</sup> JUAN PABLO II, *A los laicos* (Toledo, 4-11-1982). Citado por el padre Morales, en *Hora de los laicos*, 276.

<sup>21</sup> T. MORALES, S.J., *Reglas de la Cruzada de Santa María*, Cruzada de Santa María (Valladolid 1970), regla 2 comunes, comentario, 25.

<sup>22</sup> *Ibidem*, 31.

serio, con cada uno y que se ha de realizar de modo personal. El amor es una luz que permite interpretar la propia vida en las circunstancias más diversas. En la Nueva Alianza, la santidad se entiende como la participación en la vida de Cristo, que se concede por el bautismo que es la "novedad de la vida" (Rm 6, 4). Los primeros cristianos se denominan a sí mismos como "los santos" y de modo especialísimo a la Iglesia Esposa de Cristo que es su Cuerpo. La santidad significa en la terminología bíblica la misma esencia de Dios: "Tú sólo eres Santo", decimos en el gloria, y la Iglesia alaba a Dios tres veces Santo: "Santo, Santo, Santo" (cf. Is 6)<sup>23</sup>. La consecuencia de este planteamiento es asegurar una *diferencia* entre la *experiencia común del amor* y la *del amor de Dios* que es el que causa la santidad.

Esta plenitud de vida que se encuentra en Cristo debe crecer en nosotros hasta que alcancemos la plenitud de Cristo. Desde el principio la perfección cristiana se centra en la santidad que se comprende como una vocación en Cristo en un contexto eclesial<sup>24</sup>. Tal perfección se llega a entender que está esencialmente en la *caridad*. Esta vinculación es un elemento de la doctrina de la Iglesia que en su enseñanza pública se ha afirmado a partir del Vaticano II, aunque se pueden citar algunos precedentes<sup>25</sup>. En el transcurso de la redacción del Concilio se van perfilando algunos puntos centrales que plantean ya una clara renovación el campo moral. El capítulo 5 de la *Lumen gentium*: "La vocación universal a la santidad"; la redacción del *Perfectae caritatis*, centrado en el seguimiento de Cristo en la *caridad*.

El *amor santo* que es la manifestación de la caridad procede de un *primer don de Dios*. Esto supone el reconocimiento del don como aceptación explícita del mismo. Es el momento de la *conversión* que implica dos momentos distintos. Como señala L. Melina:

<sup>23</sup> "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de tu gloria (Is 6, 3; Ap 4, 8). Es la coronación, en la *liturgia eterna* del cielo, de innumerables prefacios iniciados en la tierra" (T. MORALES, S.J., *Vademécum* 293).

<sup>24</sup> Cf. CONC. VAT. II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, cap. 5: "Vocación universal a la santidad" (nn. 39-42).

<sup>25</sup> San Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios*; Alfonso María de Ligorio, *Práctica del amor a Jesucristo*.

“La conversión cristiana implica dos momentos lógicamente distintos: el rechazo y el desapego neto del pecado, el gradual y dinámico proceso de crecimiento hacia el bien”<sup>26</sup>. Tal conversión tiene, en primer lugar, un valor personal. La conversión, es la aceptación de una persona, de una vida como fin. En cuanto tal, no hay término medio, uno está convertido o no:

“La pedagogía de Dios se dirige a un nuevo nacimiento del hombre... Se trata de una regeneración en la muerte y resurrección en Cristo. Por tanto, esta regeneración tiene un carácter pascual: implica una muerte, una conversión para llegar a la resurrección. La diferencia radical entre una pedagogía cristiana y una pedagogía humanística y pelagiana consiste en el reconocimiento de la necesidad de este nuevo nacimiento que pasa a través de la conversión”<sup>27</sup>.

De ahí que el padre Morales nos advierta: “La raíz del progreso en la vida interior no está sólo en el *amor*, sino en el amor que *se siente perdonado*... de aquí arranca nuestro *crecimiento* en Su amor”<sup>28</sup>. Conversión para aprender a amar con “todo el corazón”, lo cual supone purificación del corazón. Igualmente exige el “orden en el amor”. Ambas cosas son imposibles sin un *crecimiento* en las virtudes y una integración entre la vida y los sacramentos como modo de alimentarse y sostenerse con el don de Dios. La articulación de ambos crecimientos se da en la medida en que es la construcción de una comunión la que permite la unidad dinámica de los distintos actos para que sean perfectos, el don de sabiduría del Espíritu Santo es el que va realizando la integración última de todos estos elementos para que respondan al “modo divino” de amar de Jesucristo<sup>29</sup>. Es la transformación en la misma dinámica de la fecundidad del amor divino:

“Desde ahora sois hijos de Dios, hostia de la Trinidad. Alabáis y amáis, ...*hacéis liturgia de la tierra*... Dios en nosotros, y nosotros

<sup>26</sup> L. MELINA, *Moral entre la crisis y la renovación*, EINSA (Barcelona 1996) 110.

<sup>27</sup> *Moral entre la crisis y la renovación*, op. cit., 125.

<sup>28</sup> *Hora de los laicos*, BAC (Madrid 1985) 557.

<sup>29</sup> Cf. J. NORIEGA, *Guiados por el Espíritu. El Espíritu Santo y el conocimiento moral en Tomás de Aquino*, Mursia (Roma 2000).

en la Familia Trinitaria. La *gracia* y la *gloria*, dos mitades de un mismo círculo de amor. La gracia florece para siempre en gloria. La gracia es aurora; la gloria, sol en su cenit. Idéntica luz, aunque en distinto grado de luminosidad. La flor no es distinta del capullo que la hizo abrirse, ni el fruto difiere de la semilla. San Pablo acuña una frase, impresionante en su laconismo, para expresar esta identidad: la gracia de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús (Rm 6, 23). *Niños en la gracia, adultos en la gloria*<sup>30</sup>.

El mandamiento específicamente cristiano no es el doble mandato del amor, sino el mandato nuevo de Cristo: “Un *precepto nuevo* os doy, que *os améis los unos a los otros, como yo os he amado*, así también *amaos mutuamente*” ((Jn 13, 34). “Éste es mi precepto: que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 15, 12). En el primer caso se destaca una novedad, por lo que se vincula al hecho de ser una *revelación* signo por el cual se puede conocer al cristiano: “En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13, 35). El fundamento de este amor no son nuestras obras, sino la *redención* que está caracterizada con las siguientes palabras:

“Nadie tiene un *amor* más grande que el que da la vida por los *amigos*” (Tomás de Aquino, *In Ev. Io*, c. 15, lec. 2, n. 2009). ‘Pero se podría objetar que sería un *amor* mayor el dar la vida por los enemigos, lo cual hizo Cristo, Rm v. 8: “Dios nos muestra su *amor*, en cuanto todavía éramos pecadores, a su tiempo, Cristo murió por nosotros”. ‘A lo que hay que decir, que Cristo no dio su vida por nosotros enemigos, para que permaneciéramos enemigos, sino *para que fuésemos convertidos en amigos*: de modo que aunque no fuesen *amigos* como amantes, eran *amigos* como amados”.

Necesitamos de la *gracia*<sup>31</sup>, de la *amistad con Cristo*, porque la posibilidad del mandato depende del ofrecimiento primero de Cristo. Se manda no cualquier amor, sino el amor mutuo: “amaos los

<sup>30</sup> *Vademécum* 289, 291.

<sup>31</sup> “La gracia santificante, alborada apacible y serena. Anuncia el gran día de la eternidad sin ocaso, siempre en el cenit”. Cristo glorioso y triunfante en sus hermanos, presentando al Padre ‘la Iglesia, santa e inmaculada, sin mancha ni arruga, ni cosa parecida’ (Ef. 5, 27)” (*Vademécum* 291).



unos a los otros”. Porque el *máximo amor* no es el amor que no pide correspondencia, sino el *amor de comunión*. Sólo este amor que se vive en la amistad con Cristo es la revelación plena de la Comunión que es la misma vida divina. La realización de este amor es la Iglesia, por ella el amor de Comunión trinitario tiene lugar en el mundo. Es la Iglesia la que constituye el hogar. Por eso, el primer testimonio de la Iglesia es vivir este Amor nuevo que la conforma interiormente como una unión en la fe, la esperanza y la caridad con un fundamento trinitario. La Iglesia es nuestro hogar, en ella tenemos una Madre, María, que nos enseña a amar:

“La *escuela de María* es la *escuela de la fe*. Si nos matriculamos en ella, si la Virgen es la maestra, Dios ‘abrirá también Su tienda en nosotros’ (Jn 1, 14) y veremos ya, desde ahora ‘lo que ni el ojo vio, ni el oído escuchó, ni el corazón del hombre puede vislumbrar’ (Is 64, 3). La tierra será *cielo anticipado*... en la tierra hay que empezar ya la visión beatífica del cielo viendo a Dios por la fe en todo y en todos. ‘Quien me ve a Mí, ve al Padre’ (Jn 12, 45). Si vemos a Cristo en todo, y en todos, hasta en sus hermanos más pequeños, vemos también al Padre, comienza el cielo en la tierra”<sup>32</sup>.

<sup>32</sup> T. MORALES, S.J., regla 4 comunes, comentario, 37-38.

### 3.- Los santos nos enseñan a “amar la familia”

“El futuro de la humanidad se fragua en la familia”, escribe Juan Pablo II en el número 86 de la exhortación apostólica *Familiaris consortio*<sup>1</sup>, y a continuación dirige a cada uno de nosotros la siguiente consigna: “siento el deber de pedir un empeño particular a los hijos de la Iglesia... *Deben amar* de manera particular *a la familia*”, va detallando qué significa amar a la familia, y concluye: “Es necesario que las familias de nuestro tiempo vuelvan a remontarse más alto. Es necesario que *sigan a Cristo*”. Según el padre Morales, la exhortación apostólica *Familiaris consortio* es “un suspiro angustioso y esperanzado llamándonos a todos para ayudarlo. En un grito final condensa su amplio contenido rebosante de enseñanzas. ‘¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia!’”. Así sintetiza su “anhelante solicitud”<sup>2</sup>. Cristo nos enseña a amar la familia, tuvo relaciones de amistad con las familias de su tiempo, por ejemplo, con la de Lázaro: “Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro”, “con afecto entrañable” dice el vocablo griego (Jn 11, 5). Una *amistad íntima ligaba a Jesús con esta familia*. La casa de Lázaro estaba siempre abierta para Jesús y los Apóstoles”, escribe el padre Morales en las *Semblanzas*<sup>3</sup>.

En la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, señala el Santo Padre que: “de modo especial se deberá trabajar por el reconocimiento de la heroicidad de las virtudes de los hombres y las mujeres que han realizado su *vocación cristiana en el matrimonio*: convencidos como estamos de que no faltan frutos de *santidad* en tal estado, sentimos la necesidad de encontrar los medios más oportunos para verificarlos y proponerlos a toda la Iglesia como modelo y estímulo para los otros esposos cristianos”<sup>4</sup>. “La familia es el camino de la Iglesia” escribe en la Carta a las familias<sup>5</sup>, y añade: “En esta carta deseo pro-

<sup>1</sup> Exh. Ap. postsinodal *Familiaris consortio* (22-11-1981) AAS 74 (1982) 81-191.

<sup>2</sup> *Tesoro escondido*, 143.

<sup>3</sup> T. VII, *Semblanzas*, 202-203.

<sup>4</sup> Carta ap. *Tertio millennio adveniente* (10-11-1994) 37: AAS 87 (1995) 30.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, Carta a las familias *Gratissimam sane* (2-2-1994) AAS 86 (1994) 868-925.

fesar y anunciar a la vez este *camino*, que a través de la vida conyugal y familiar lleva al reino de los cielos (cf. Mt 7, 14). Es importante que la 'comunidad de las personas' en la familia sea preparación para la *comunidad de los santos...* *Amar es vocación de todos*, también de los esposos y de las familias. En efecto, en la Iglesia todos están llamados igualmente a la perfección de la *santidad* (cf. Mt 5, 48)<sup>6</sup>.

El amor que une a los padres con los hijos y a los esposos entre sí en el santuario del hogar común, es fuego que funde corazones, nos dice el padre Morales: "Hogar y fuego tienen la misma raíz etimológica: *focus*. El hogar, primitivamente, era la pieza de la casa en que la familia se reunía alrededor del fuego. Pero un día la chispa de ese amor, de ese fuego, salta fuera del recinto familiar. Nace entonces la amistad. El amor familiar se ha dilatado y envuelve también a amigos queridos"<sup>7</sup>. La *amistad matrimonial* es una clase especial de amistad, los maridos y las esposas están llamados a profundizar, durante toda su vida, la *amistad excepcionalmente exclusiva* que establecieron cuando se entregaron a sí mismos, de forma irrevocable, el uno al otro en matrimonio<sup>8</sup>. Precisamente porque son iguales en su dignidad personal se supone que son amigos, con una *amistad conyugal*, puesto que uno sólo puede ser amigo de un igual. Al respecto, escribe Juan Pablo II en la *Familiaris consortio*:

"El hombre debe vivir con la esposa 'un tipo *muy especial* de amistad"<sup>9</sup>. El cristiano además está llamado a desarrollar una actitud de *amor nuevo*, manifestando hacia la propia mujer la *caridad* delicada y fuerte que *Cristo tiene a la Iglesia*" (FC 25).

La amistad que existe entre marido y mujer, como comunión de personas, es una clase *muy especial* de amistad, a diferencia de otras clases de amistad, la amistad matrimonial es *exclusiva*, puesto que el cónyuge es completamente insustituible en su propia vida y es así, precisamente, por lo que un hombre y una mujer determinados se han entregado, libremente, el uno al otro mediante el consentimiento personal e irrevocable que cada uno otorga para fundar su matrimonio:

<sup>6</sup> Carta a las familias 14.

<sup>7</sup> T. MORALES, S.J., *Tesoro escondido*, 145.

<sup>8</sup> K. WOJTYŁA, *Amor y responsabilidad*, Razón y fe (Madrid 1980<sup>12</sup>) cap. I.

<sup>9</sup> PABLO VI, *Humanae vitae*, 9, AAS 60 (1968), 486. Citado por Juan Pablo II en FC 25.

"En el amor conyugal, por el que hombre y mujer constituyen *una sola carne*, se da una *afirmación fundamental de la mujer como persona*, una afirmación gracias a la cual la personalidad femenina puede *desarrollarse y enriquecerse* plenamente. Así actúa Cristo como Esposo de la Iglesia, deseando que ella sea 'resplandeciente, sin mancha ni arruga' (Ef 5, 27). Se puede decir que aquí *se recoge plenamente todo lo que constituye 'el estilo' de Cristo al tratar a la mujer*. El *marido* tendría que hacer suyos *los elementos de este estilo* con su esposa; y, de *modo análogo*, debería hacerlo *el hombre, en cualquier situación, con la mujer*. De esta manera ambos, mujer y hombre, realizan el "don sincero de sí mismos" (*Mulieris dignitatem* 24).

La llamada a adoptar "el estilo" de Cristo no se limita a las relaciones en el matrimonio: "de *modo análogo*, debería hacerlo *el hombre, en cualquier situación, con la mujer*". Siguiendo 'el estilo' de Cristo, el hombre está llamado a desarrollar una *actitud de amor nuevo* que afirma a la mujer como persona, ayudándole a desarrollar plenamente su personalidad femenina, ésta es, precisamente la "novedad evangélica", como constata Juan Pablo II:

"La 'novedad' de Cristo es un hecho; constituye el inequívoco contenido del mensaje evangélico y es *fruto de la redención*. Pero al mismo tiempo, la convicción de que en el matrimonio se da la '*recíproca sumisión* de los esposos *en el temor de Cristo*', y no solamente la 'sumisión' de la mujer al marido, ha de *abrirse camino gradualmente* en los corazones, en las conciencias, en el comportamiento, en las costumbres. Se trata de una *llamada* que, desde entonces, no cesa de apremiar a las generaciones que se han ido sucediendo, una llamada que *los hombres deben acoger siempre de nuevo...* La medida de un verdadero amor esponsal encuentra su fuente más profunda en Cristo, que es el Esposo de la Iglesia, su Esposa" (MD 24).

Cristo como hombre reveló la dignidad que la mujer posee desde el "principio", igual que el hombre. Al mismo tiempo, puso de relieve toda la originalidad que distingue a la mujer del hombre:

"En la actitud de Cristo hacia la mujer se encuentra realizado de modo ejemplar lo que texto de la carta a los Efesios expresa mediante el concepto de 'esposo'. Precisamente porque el amor divino de Cristo es amor de esposo, este amor es paradigma y ejemplo para todo amor humano, en particular para el amor del varón" (MD 25).

Esa llamada que desde entonces nos dirige Cristo a cada uno, hombres y mujeres, la han acogido siempre los santos. Ellos nos enseñan a vivir la santidad en el matrimonio y en la familia. Es sobradamente conocido el amor tan delicado y tierno que unía a Teresa de Lisieux con su familia, como nos muestra en su autobiografía, *Historia de un alma*. No vamos a detenernos aquí, más bien nos interesa resaltar que el amor de Teresita hacia su familia no constituye una excepción, como hemos podido comprobar al leer la vida de los santos en las *Semblanzas de testigos de Cristo para los nuevos tiempos*. Veamos algunos ejemplos, no menos entrañables<sup>10</sup>.

Santa Francisca Romana, casada con Lorenzo Ponziani, constituye "un ejemplo acabado de santidad" en la vida matrimonial y monástica. Nos anima a todos a imitarlo "viviendo perseverantes en el servicio de Dios, para descubrirlo y seguirlo en todos los ava-

<sup>10</sup> También el padre Morales amaba entrañablemente a su familia, como nos revelan las cartas que escribió a su madre y hermanas durante el noviciado, en Chevetogne (Bélgica). Una anécdota: en el mes de abril de 1994, durante su convalecencia en el Hogar de las Cruzadas, le dijo a una de ellas: "Hijita, vas a ordenarme el armario". Al abrir el armario pensó: "¡pero si no hay nada que ordenar!". Entre las pocas cosas que había, le llamó la atención una foto de sus padres, colocada en un lugar visible, estaba enmarcada en un sencillo pero elegante portarretratos de piel, color negro. Con el tiempo se había deteriorado en la parte posterior, lo arregló y volvió a colocarlo en su sitio. Regresó al despacho y le dijo: "Padre, ya he ordenado el armario". Aquel recuerdo familiar, se conserva hoy en la sala de la cripta donde reposan los restos mortales del padre Morales. Amó a su familia y a las familias de los demás. Otra anécdota: una joven iba consagrarse a Dios y le costaba mucho separarse de su familia, fue a verle y le habló pormenorizadamente de lo mucho que quería a sus abuelos, padres, hermanos, etc. El padre Morales la escuchaba en silencio, cuando terminó de hablar, él, apoyándose sobre el respaldo de la silla, levantó los brazos cruzándolos sobre la nuca, con una sonrisa que iluminaba todo su rostro, exclamó: "Hijita, ¡vas a contarme otra vez lo de la abuelita!". Ella, desconcertada, pensó: "¿Me lo dirá en serio?". En cualquier caso, fue mucho más breve. La "abuelita" en cuestión —¡no se asuste el lector, no vamos a repetir la conversación!—, había tenido dos hijos, una hija que murió a los 23 años, dejando a su cuidado a dos niñitos de 2 y 3 años; y un hijo que se consagró a Dios en la Cruzada de Santa María. Éste, después de entrar en la Cruzada, siguió ayudando a sus padres en la educación de los nietos y biznietos. La que estaba hablando con el padre Morales era una de las biznietas. Desde pequeña, siempre había escuchado: "Nuestra familia tiene que estar muy agradecida al padre Morales, a Abelardo, a la Cruzada, porque siempre me han permitido ayudarnos".

tares de la vida"<sup>11</sup>. Santa Brígida de Suecia, esposa, madre, viuda, consejera de reyes, peregrina, religiosa y fundadora. Se casa con Ulf Gudmarsson, senador y gobernador de la región de Närke. Eran tiempos difíciles en la historia de Suecia. Amiga fuerte de Dios con temple teresiano, los afronta. Anima a su esposo y le orienta en momentos difíciles. Éste no se deja llevar del orgullo masculino. Se da cuenta de que la santa es más culta, tiene más carácter y fortaleza de espíritu. Encuentra en Brígida una consejera ideal. Le anima a estudiar y leer para conocer mejor las leyes y juzgar con más rectitud. Sus biógrafos la califican de mujer culta. Apuntan que tuvo que luchar con denuedo contra el orgullo a que la arrastraban sus excelentes cualidades. Muy disciplinada, encuentra tiempo para todo. Alterna con serenidad sus múltiples deberes con la solícita dedicación que debe a sus hijos y servidores<sup>12</sup>.

Santa Isabel de Hungría, vive la radicalidad amorosa del Evangelio en el matrimonio. Su esposo hace la siguiente confidencia a un amigo: "¿Ves esa cumbre? Si fuera de oro puro desde el pie hasta la cima, y me la diesen si dejo a Isabel, no lo aceptaría. La amo sobre todas las riquezas del mundo". "La unión de sus almas fue tan íntima que quizá no ha habido nunca *dos esposos que más se amasen*. La santa le acompaña en sus expediciones... Una noche, se habían cruzado estas palabras de cielo. Isabel decía a Luis: 'Quisiera que sólo tuviésemos una yugada de tierra y cien ovejas'. El duque se echa a reír y contesta: 'Sería mucho campo y muchas ovejas. Habría aún gente que nos envidiase'. Tras la muerte de su esposo, Isabel exclama: '¡Dios mío! ¡El mundo entero ha muerto para mí y todo cuanto hay en él!'. Era verdad que con el esposo querido todo había muerto para ella y no quedaba más que Dios. *Esposa enamorada*, se va a convertir en *el más elevado ejemplo de viuda cristiana* a los veinte años"<sup>13</sup>.

Los santos nos enseñan a vivir la amistad matrimonial y también la amistad paterno-filial y fraternal. "Mi vida era una con la suya", decía san Agustín<sup>14</sup> de su madre. El alma de Agustín no se comprende sin su influjo materno. Santa Mónica sembró en el niño los gérmenes de la fe cristiana... Las lágrimas de Mónica, después de lograr el bautismo de su marido, serán ya sólo para llorar por su hijo. Toca todos los resortes para atraerlo. No escatima ningún recurso,

<sup>11</sup> T. III, *Semblanzas*, 39-50.

<sup>12</sup> T. VII, *Semblanzas*, 169-184.

<sup>13</sup> T. XI, *Semblanzas*, 141-155.

<sup>14</sup> T. VIII, *Semblanzas*, 293-318.

pero fracasa... Él añora con angustia el hogar materno, y ella lloraba a su hijo más que otras madres sobre el ataúd de los suyos. Eran lágrimas llenas de esperanza, acompañadas de oraciones. Sembraba con lágrimas, y en su día, recogería con gozo. Dios, para animarla, hacía brillar ya sus ojos la seguridad de una mies fecunda".

"Al morir Mónica, el santo, después de recoger con amor su último suspiro redacta la inscripción fúnebre que habría querido grabar en su tumba. El fervoroso neófito hizo una gran violencia a su corazón para reprimir su dolor y contener las lágrimas... La suave imagen de Mónica se le presentó, y esta vez no pudo dominar la emoción. Dejó correr sus lágrimas, "las extendió como un lecho debajo de su corazón" para reposar allí, lejos del egoísmo de los hombres, bajo la mirada indulgente de Dios Padre. Con sencillez admirable se culpa de haber llorado sólo un cuarto de hora a la que lloró veinte años por él. Parece que nos pide permiso para llorar a Mónica, como hizo siglos después san Bernardo ante los monjes, en el sermón sobre el *Cantar de los cantares* que siguió a la muerte de su hermano Gerardo".

San Juan Bosco<sup>15</sup>, "el hombre que creyó en el amor de Dios para con él. Así se puede resumir su vida. 'Dios te ve', le repetía desde niño Margarita Occhiena, su santa madre<sup>16</sup>. Se dejó mirar por Él, y se abandonó en humildad y confianza. La fe en el amor personal, infinito, efusivo de Dios Padre iluminó sus setenta y dos años... Quiere consagrarse a Dios. Duda si hacerse franciscano o sacerdote secular. Consulta a su madre. Ella le dice: 'Elige lo que sea voluntad de Dios, pero lo primero es salvar tu alma...' Hay *madres con vocación sacerdotal* que saben transmitirla a sus hijos. Margarita es una de ellas. Juan decide hacerse sacerdote y será padre de religiosos, ellos y ellas, mirando a María Auxiliadora. Entra en el seminario de Turín y el 6 de junio de 1841 canta su primera Misa. Mamá Margarita rebosa de alegría. Sus desvelos y sus sufrimientos han dado a luz un nuevo sacerdote en la Iglesia". San Enrique de Ossó<sup>17</sup>, su madre, Micaela Cervelló: "Una *mujer excepcional*. La querían todos porque no tenían más remedio que quererla. Enrique era muy

15 T. I, *Semblanzas*, 321-342.

16 "Una madre es, en cierto sentido, irreplicable. Hay un montón de cosas que Dios nos puede dar dos veces, pero una madre no nos la da más que una. El egoísmo se infiltra en nuestros mejores sentimientos, en la amistad, en el amor, pero siempre se detiene ante el amor de una madre. Es tan desinteresado, que no hay otro más puro en la tierra, excluyendo el del alma que, vacía del amor propio, busca sólo a Dios" (*Hora de los laicos*, 432).

17 T. I, *Semblanzas*, 284-300.

obediente a Micaela que le proponía como modelo a sus hermanos mayores. Se preguntaba con insistencia cómo podía encauzarlo al sacerdocio. La victoria plena y total de Micaela desde el cielo se logra. Aunque su padre siguiera oponiéndose, su hijo será sacerdote. Una madre santa hace milagros... Iluminado por Teresa de Jesús, dirige su quehacer apostólico con predilección a la mujer. Cae en la cuenta de su fuerza revolucionaria para cristianar la sociedad... La mística de Ávila empapa sus espíritu. Un biógrafo no duda en calificarle de 'nueva encarnación de santa Teresa'. Nos habla de "su segunda salida en el corazón y actividad de Enrique". El santo intu-yó cien años antes que Juan Pablo II que 'el futuro de la humanidad se fragua en la familia' y en la enseñanza".

Santo Tomás Moro<sup>18</sup>, "esposo y padre, jurista prestigioso, de enorme cultura, pedagogo eficiente y político destacado. Rebosa humanismo y simpatía, se gana a todos. Nos arrastra a seguirle viviendo la plenitud del Evangelio en la calle... El hogar de los Moro era un nido de amor rebosante de intimidad, se abría a otros jóvenes que se formaban con sus cuatro hijos. El santo les educaba en virtud y letras. Una revolución, al iniciarse el siglo XVI, es la educación que da a sus hijas. Feminista auténtico, siempre militará en las filas de los defensores de la cultura de la mujer... Una deliciosa carta que escribe a su hija Margarita nos revela su *corazón de padre*. 'Cuéntame cómo van tus estudios, pues te aseguro que antes que por descuido se echen a perder mis hijos, soy capaz de gastar toda mi fortuna y despedirme de negocios para dedicarme por entero a vosotros'".

Santa Joaquina Vedruna<sup>19</sup>, se casa con Teodoro de Mas: "*contrae matrimonio sin renunciar a la santidad*. Formarán un hogar familiar en que los hijos y los que ayudan al matrimonio rezan juntos. La madre los catequiza enseñándoles a amar a Dios. Inés nos cuenta una deliciosa anécdota. 'Siendo yo niña y mis hermanos de corta edad, luego de levantarnos mi madre nos hacía estar un rato pensando en la Pasión, cuyo paso ella nos proponía. Pasados unos instantes, nosotros le decíamos: Mamá, ya hemos pensado. ¿En qué debemos pensar ahora?..' 'Aprendamos de Joaquina cómo se debe educar a los hijos con diligencia atenta, alegre y perspicaz', dirá Juan XXIII al proclamarla santa".

Santa Magdalena Sofía Barat<sup>20</sup> nace un trienio antes que Joaquina Vedruna. "Es la Inmaculada troquelando como madres a las

18 T. VI, *Semblanzas*, 221-245.

19 T. V, *Semblanzas*, 125-138.

20 T. V, *Semblanzas*, 176-192.

dos. Pedagogas insignes, forjan en serenidad y constancia a la juventud. Su hermano Luis será su padrino. Un designio providencial cumplía, pues la vida de Sofía no se explica sin el *diligente y amoroso magisterio de su hermano*. Luis desde los nueve años se entrena para el sacerdocio, para el martirio en la cruz histórica de entonces. Solícito y abnegado, detecta en Sofía afectividad delicada y firmeza de carácter. Se empeña en sacar brillo a aquel diamante. Contaba con la magnífica colaboración maternal. Equilibrada y serena, transmite a sus hijos el caudal que había recibido”.

En la Carta a las familias, Juan Pablo II incluye un capítulo titulado “La civilización del amor” (nn. 6-17). “La familia constituye la base de lo que Pablo VI calificó como ‘civilización del amor’<sup>21</sup>, la expresión se relaciona con la tradición de la ‘iglesia doméstica’ en los orígenes del cristianismo”<sup>22</sup>. “Civilización” no es otra cosa que la “humanización del mundo”. Civilización tiene, pues, en cierto modo, el mismo significado que “cultura”. Por eso se podría decir también: “cultura del amor”. La civilización del amor se inspira en las palabras de la constitución conciliar *Gaudium et spes*, n 22: “Cristo... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación”, por eso: “se puede afirmar que la civilización del amor se basa en la revelación de Dios que “es amor”, como dice Juan (1 Jn 4, 8-16) y que está expresada de modo admirable por Pablo con el himno a la caridad en la primera Carta a los corintios (cf. 13, 1-13)... la familia depende por muchos motivos de la civilización del amor, en la cual encuentra las razones de su ser como tal. Y al mismo tiempo, la familia es el centro y el corazón de la civilización del amor”<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> Cf. Homilía en el rito de clausura del Año Santo (25 diciembre de 1975): AAS 68 (1976) 145.

<sup>22</sup> Carta a las familias 13.

<sup>23</sup> De ahí que en el Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España, subraye que la pastoral familiar se ha de concebir como todo un *proceso* que se desarrolla en la vida (n. 72). Un pastoral *integral*: “porque en ella está en juego la globalidad de la verdad del hombre y de su despertar religioso. En su desarrollo están implicadas las claves fundamentales de toda la existencia humana”; y *progresiva*: “que ha de guiarse según el proceso de la vida en la que el hombre crece, en y a través de la familia, como taller de humanidad... Es un camino imprescindible para superar la escisión entre la fe que se piensa y la vida que se vive, pues la familia es el ‘lugar’ privilegiado donde se realiza esta unión a partir del despertar religioso” (n. 23). CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España (21-11-2003).

#### 4.- Los santos nos enseñan a construir “la civilización del amor”

“Para muchos la civilización del amor constituye todavía una pura utopía... *el amor no es una utopía*: ha sido dado al hombre como un *cometido que cumplir* con la ayuda de la *gracia divina*... Sí, la civilización del amor es posible, no es una utopía. Pero es posible sólo gracias a una referencia constante y viva a ‘Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien proviene toda paternidad [y maternidad] en el mundo’ (cf. Ef 3, 14-15), de quien proviene cada familia humana”<sup>1</sup>. *Vocación* es la palabra que introduce a la comprensión de los dinamismos de la revelación de Dios y descubre al hombre la verdad de su existencia<sup>2</sup>. La vocación es lo que explica, en la raíz, el misterio de la vida del hombre, misterio de predilección y gratitud absoluto:

“La razón más profunda de la dignidad humana, está en la *vocación* del hombre a la *comunión de Dios*. Ya desde su nacimiento es invitado el hombre al diálogo con Dios: pues, si existe, es porque habiéndolo creado Dios por amor, por amor lo conserva siempre, y no vivirá plenamente conforme a la verdad, si no reconoce libremente este amor y si no se entrega a su Creador” (*Gaudium et spes* 19).

Esa vocación o *llamada* es, pues, la respuesta a un amor primero, originario, y nos revela la verdad más profunda de la persona. En este punto se vuelve una luz fundamental la afirmación de la constitución pastoral *Gaudium et spes*:

<sup>1</sup> Juan Pablo II, Carta a las familias 15.

<sup>2</sup> Cf. JUAN PABLO II, *La vida como vocación*, Mensaje para la Jornada Mundial de oración por las vocaciones, 6 mayo 2001: “La palabra *vocación* cualifica muy bien las relaciones de Dios con cada ser humano en la libertad del amor, porque ‘cada vida es vocación’ (Pablo VI, *Populorum progressio* 15).

"Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Pues, Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, de Cristo, el Señor, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación" (*Gaudium et spes* 22).

*Gaudium et spes*, en el número anteriormente citado, nos indica el objeto de la revelación de Cristo: "el misterio del Padre y de su amor". El amor es el único vehículo adecuado de la revelación personal<sup>3</sup>. Si el amor tiene en sí un papel insustituible en el reconocimiento de la persona, al mismo tiempo, es la guía para su propia realización. De este modo, se presenta el amor como el núcleo de una verdad que es singular, y que se ha de calificar entonces como *vocación al amor*. Es un punto que ha destacado desde el principio de su pontificado Juan Pablo II:

"El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa de él vivamente" (*Redemptor hominis* 10).

En esta vocación al amor entendida en clave de revelación personal, el amor es para el hombre, en primer lugar, una respuesta y una inserción en una historia de amor que le precede y que debe ser el camino de la propia realización:

"Dios [...] llamándolo a la existencia *por amor*, le ha llamado también al mismo tiempo *al amor* [...]. El amor es, por tanto, la *vocación fundamental e innata* de todo ser humano" (*Familiaris consortio* 11).

La vocación al amor que remite a un amor primero, de otra persona, como a su fuente, llega a ser consciente por parte del hombre por medio de una revelación, esto es, de un manifestarse al hombre de aquél que le ha amado antes. Se cumple así perfecta-

<sup>3</sup> J.J. PÉREZ-SOBA "Persona, amor, y moral", en *Cuadernos de pensamiento* 16, Fundación Universitaria Española (Madrid 2004) 357.

mente el misterio personal, que está unido en último término al misterio mismo de la Trinidad y que se expresa en la construcción personal tal como nos lo dice el Concilio Vaticano II:

"Más aún, el Señor Jesús, cuando ruega al Padre que todos sean una sola cosa..., como nosotros somos una sola cosa, ... Esta semejanza pone de manifiesto que el hombre, la única criatura en la tierra que Dios ha querido por sí misma, no pueden encontrarse plenamente a sí mismo, sino en el *don sincero de sí*" (*Gaudium et spes* 24).

Con la encarnación del Verbo no sólo se le revela al hombre que existe ese Otro, sino que se le hace evidente que ese Otro es Don, que busca ser acogido y aceptado por la libertad humana. La vocación humana es, entonces, "ser-para-el-don".. Con ello, se redefine completamente la imagen que, desde abajo, tiene el hombre de la santidad., como lo inalcanzable<sup>4</sup>. La presencia del Santo en medio de los hombres se revela como Don-de-sí, nueva y eterna alianza. Por ello, la confianza, la fidelidad, la paz son fruto de la disposición humana a dejarse abrazar por la caridad de Cristo, que derrama continuamente con amor esponsalicio, sobre su Cuerpo, la Iglesia.

El venir a ser una sola carne con que el Génesis y después el propio Cristo definen la originalidad del matrimonio, se aplica antes a la relación esponsalicia de Cristo y la Iglesia, del nuevo Adán y la nueva Eva, de la que el matrimonio sacramental será un signo visible. La *vocación a la santidad* es, por su misma naturaleza, una *vocación esponsalicia*, verificada y realizada en la caridad de Cristo<sup>5</sup>. Cristo no revela otra cosa: Él ha venido al mundo a dar testimonio de Quien le envía, de tal suerte que quien lo ve a El, ve al Padre. Su don-de-sí a los hombres es testimonio del amor del Padre por todos los que quedarán abrazados en la caridad de Cristo y, a la vez, don-de-sí al Padre, como oblación de eterna alabanza que hace justicia

<sup>4</sup> Cf. J. LAFFITTE-L. MELINA, *Amor conyugal y vocación a la santidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile (Chile 1996).

<sup>5</sup> Para las características del amor esponsal ver: CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España (21-11-2003) nn.34-42.

a la paternidad de Dios, manifestada desde el principio, pero oscurificada y rechazada por el pecado del hombre.

Cristo entró la historia y permanece en ella como el Esposo que “se ha dado a sí mismo”<sup>6</sup>. “Darse” quiere decir “convertirse en un don sincero” del modo más completo y radical: “Nadie tiene amor más grande” (Jn 15, 13). En esta concepción, por medio de la Iglesia, todos los seres humanos –hombres y mujeres– están llamados a ser la “esposa” de Cristo, redentor del mundo. En la redención se manifiesta precisamente este amor de Dios y llega a su cumplimiento el carácter esponsal de este amor en la historia del hombre y del mundo. *Cristo es el Esposo*<sup>7</sup>. De esta manera se expresa la verdad sobre el amor de Dios, “que ha amado primero” (1 Jn 4, 19), y que “amó hasta el extremo” (Jn 13, 1). El Esposo –el Hijo consustancial al Padre en cuanto Dios– se ha convertido en el Hijo de María, verdadero hombre, varón. *El símbolo de esposo es de género masculino*. En este símbolo masculino está representado el carácter humano del amor con el cual Dios ha expresado su amor divino a la Iglesia, a todos los hombres. En el ámbito del “gran misterio” de Cristo y de la Iglesia, como se expresa en la carta a los Efesios<sup>8</sup>: *la esposa unida a su esposo*, unida, porque vive su vida; unida, porque participa de su triple misión (“tria munera Christi”); unida de tal manera que *responda* con un “don sincero” de sí *al inefable don del amor del esposo*, redentor del mundo. Esto concierne a todos en la Iglesia, tanto mujeres como hombres, y concierne obviamente también a aquellos que participan del “sacerdoció ministerial”, que tiene el carácter de servicio. Todos están llamados a responder –como una esposa– con el don de la vida al don inefable del amor de Cristo, el cual, como redentor del mundo, es el único Esposo de la Iglesia. En el “sacerdoció real”, que es universal, se expresa a la vez el don de la esposa.

La Iglesia –como enseña el Vaticano II– tiene en una mujer, en María, su “arquetipo”<sup>9</sup>. María es el arquetipo de todo ser humano, es ella quien realiza el destino sobrenatural de llegar a ser hijos en

<sup>6</sup> Cf. *Mulieris dignitatem* 25.

<sup>7</sup> *Mulieris dignitatem* 25.

<sup>8</sup> *Mulieris dignitatem* 27.

<sup>9</sup> Cf. *Lumen gentium*, nn. 53, 63-65.

el Hijo<sup>10</sup>. El Concilio, confirmando la enseñanza de toda la tradición, ha recordado que en la jerarquía de la santidad precisamente la “mujer”, María de Nazaret, es “figura” de la Iglesia. Ella “precede” a todos en el camino de la santidad... En este sentido se puede decir que la Iglesia es, *a la vez*, “mariana” y “apostólico-petrina”<sup>11</sup>.

El matrimonio y la virginidad constituyen dos modos de expresar y vivir el único Misterio de la Alianza de Dios con su pueblo<sup>12</sup>. Ambas vocaciones son recíprocas y complementarias<sup>13</sup>. La Iglesia, iluminada por la fe en Jesucristo, habla de “*complementariedad y colaboración activa* entre el hombre y la mujer, precisamente en el reconocimiento de la diferencia misma. Dios confía la *construcción de la historia* a la ‘unidad de los dos’<sup>14</sup>. Cuando el Génesis habla de ‘ayuda’ no se refiere solamente al ámbito del obrar, sino también al del *ser*. Femenidad y masculinidad son entre sí complementarias no sólo desde el punto de vista físico y psíquico, sino *ontológico*. Sólo gracias a la dualidad de lo ‘masculino’ y de lo ‘femenino’ lo ‘humano’ se realiza plenamente”<sup>15</sup>. En este sentido, escribe el padre Morales:

“Jesús no olvida que hombre y mujer han recibido de Dios Padre su misión propia. Se complementan como el arco y el violín. La mujer se parece a la flor que se abre entre el cielo y la tierra. Es por su maternidad, como la tierra; y es cielo por su aspiración a crecer hacia arriba, hacia Dios. El hombre se puede comparar con el animal por su movilidad e iniciativas, por su deseo de poseer. El hombre trabaja más bien en extensión; la mujer lo hace en profundidad. El hombre abre camino, pero la mujer consolida el avance”<sup>16</sup>.

<sup>10</sup> Este tema fue desarrollado por el Santo Padre en la encíclica *Redemptoris Mater*, nn. 44-47.

<sup>11</sup> “Como bien ha dicho Balthasar, ‘María es ‘reina de los apóstoles’, sin pretender para los poderes apostólicos. Ella tiene otra cosa y más” (nota 55, *Mulieris dignitatem* 27).

<sup>12</sup> *Mulieris dignitatem* 21.

<sup>13</sup> *Familiaris consortio* 16. *Mulieris dignitatem* 25. Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España, nn.43-44.

<sup>14</sup> CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo, (31-5-2004) 4.

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, Carta a las mujeres 7.

<sup>16</sup> T. MORALES, S.J., *Hora de los laicos*, BAC, (Madrid 1985) 224.

La ayuda a la que se refiere el Génesis (Gn 2, 18-25) es una “ayuda de ambas partes, que ha de ser ‘ayuda’ recíproca. Humanidad significa *llamada a la comunión interpersonal*. El texto del Génesis 2, 18-25 indica que el matrimonio es la dimensión primera y, en cierto sentido, fundamental de esta llamada. Pero no es la única. *Toda la historia del hombre sobre la tierra se realiza en el ámbito de esta llamada*. Basándose en el principio del ser recíproco ‘para’ el otro en la ‘comunión’ interpersonal, se desarrolla en esta historia la integración en la humanidad misma, querida por Dios, de lo ‘masculino’ y de lo ‘femenino’. Esta verdad concierne también a la *historia de la salvación*” (*Mulieris dignitatem* 7). Decir que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios quiere decir que el hombre está llamado a existir ‘para’ los demás, a convertirse en don (GS 24). “A esta ‘unidad de los dos’ confía Dios no sólo la obra de la procreación y la vida de la familia, sino la *construcción misma de la historia*”<sup>17</sup>.

Como pone de relieve C. Caffarra, en la Carta a la mujer con motivo del Gran Jubileo del año 2000<sup>18</sup>, la verdad originaria de la mujer alcanza su perfecta realización y transfiguración en Cristo. La humanidad de cada uno de nosotros ha sido plasmada por una mujer, y así ha sucedido también en el Verbo: María, es Madre de Dios, *Theotokos*<sup>19</sup>. En la relación Cristo-mujer la verdad de la mujer se revela plenamente, se transfigura. La relación Cristo-María se relaciona con la de Adán-Eva dentro de un admirable claro-oscuro: Adán-Eva prefiguran aquella unidad de los dos en una sola carne que define el advenimiento de la salvación: la Iglesia. La Iglesia es la realización perfecta de todo lo que era vislumbrado en la creación: Cuerpo y Cabeza, Esposo y Esposa, humanidad divinizada y Cristo. Dos en una sola carne: en la única Carne (eucarística) de Cristo que se dona a Sí mismo (cf. 1 Cor 6, 15-17).

<sup>17</sup> JUAN PABLO II, Carta a las mujeres 8.

<sup>18</sup> Cf. C. CAFFARRA, *Lettera alla donna per il Grande Giubileo 2000*, (Ferrara, 25-3-2000).

<sup>19</sup> La conexión especial entre María y la mujer tiene su base en el misterio de la maternidad divina de la Virgen (*Mulieris dignitatem* 3-5). En el misterio de la *Theotokos*, la relación entre María y Eva recibe una nueva luz: en cuanto madre de los creyentes, la Virgen, hija de Eva, madre de la vida, se convierte en la nueva Eva (*Mulieris dignitatem* 9-11).

El modo en el que María entra en el origen, en el principio de nuestra salvación, la encarnación del Verbo, revela la verdad profunda de la mujer: es aquella que *consiente-hace posible* que la Vida que está bajo el Padre se haga visible. He aquí por qué está inscrita en la feminidad la vocación a custodiar, a salvar, a no permitir que sea degradada la vida de la persona, en el sentido completo del término. Ninguno tal vez ha expresado mejor que Dante, esta verdad tan profunda de la mujer. El camino de salvación, ha sido posible gracias a la mujer.

María da su *consentimiento* “en nombre de toda la humanidad”. Juan Pablo II ha mostrado que el símbolo real de *todo* el cuerpo eclesial, hombres y mujeres, es la mujer: “Se puede decir que la analogía del amor esponsal según la carta a los Efesios relaciona lo “masculino” con lo “femenino”, dado que, como miembros de la Iglesia, también los hombres están incluidos en el concepto de esposa... En la Iglesia cada ser humano –hombre o mujer- es la “esposa”, en cuanto recibe el amor de Cristo redentor como un don y también en cuanto intenta corresponder con el don de la propia persona” (*Mulieris dignitatem* 25, 4). Es bastante significativo para las mujeres, y para los hombres, que la Iglesia sea “femenina”, que la eclesialidad adopte la forma de la feminidad. A nuestra perdición cooperó tanto Adán como Eva; a nuestra salvación cooperan con una esencial diversidad Cristo y María.

En los distintos encuentros de Jesús con las mujeres narrados en el Evangelio, encontramos una confirmación continua de lo que sucedió “al principio” de su relación con la mujer: con María en la Anunciación. En el encuentro con la samaritana (Jn 4, 1-42), ella se convierte en la confidente de su secreto más íntimo: la mujer de seis maridos es instruida en los misterios más grandes. Es más, se convierte en la anunciadora del Evangelio (vv. 39-42). A María, la llena de gracia, se le hace el anuncio y Ella lo acoge (en nombre de toda la humanidad) y se convierte en aquella en la que el Verbo se hace carne. A la samaritana, degradada en su dignidad, se le da el anuncio de que el Mesías, el don de la salvación, está presente y próximo a ella; ella lo acoge y se convierte en aquella que lo anuncia. *Consentimiento que genera vida*.

Todavía es más significativo el encuentro del Resucitado con María Magdalena la mañana de Pascua. María Magdalena es como el símbolo real de la humanidad pecadora que es llamada a la



intimidad con el Esposo<sup>20</sup>. En la mujer pecadora, de nuevo llamada a la unión con el Señor en la gloria, se reafirma la verdad profunda de la mujer y en esta reafirmación se significa la humanidad. “Los apóstoles, *en cuanto tales*, no son llamados a esta unión: ellos son *los ministros*. *Quien tiene al Esposo es solo la esposa*. Ellos son los servidores de la esposa. Es ésta la razón profunda por la cual, *a causa de su dignidad*, la mujer no puede ejercer el ministerio apostólico. En el jardín del Edén la mujer había sido degradada; en un jardín de la Resurrección, la mujer ha sido *transfigurada a la luz de su verdad plena*: en Cristo la mujer ha sido *redimida y transfigurada*. Redimida de aquello que había degradado su verdad originaria; transfigurada, porque Él revela plenamente la esencia misma de la feminidad, en María, su Madre”<sup>21</sup>.

La mujer expresa la verdad última de toda la humanidad, hombres y mujeres: cada hombre y cada mujer está destinado por la gracia del Padre a la unión esponsal con el Señor “Esposo”. Cada uno de nosotros, hombre y mujer, se realiza plenamente en Iglesia-Esposa del Cordero. Esta predestinación final se expresa en la virginidad consagrada. Ésta, finalmente, revela en todo su esplendor la verdad completa de la mujer: la razón por la cual el Creador la ha pensado y querido. “Le haré una ayuda adecuada- los dos serán una sola carne”: mientras decía estas palabras, creaba a Adán-Eva pero pensaba en Cristo-Iglesia (María). La virgen consagrada expresa que éste es el gran Misterio, la verdadera razón recapitular todas las cosas en Cristo (cf. Ef 1, 10b) para que Dios sea todo en todos (cf. 1 Cor 15, 28).

Como señala Juan Pablo II, la historia de la Iglesia en estos dos milenios, a pesar de tantos condicionamientos, ha conocido verdaderamente ‘el genio de la mujer’: “pienso en la larga serie de mártires, de santas, de místicas insignes. Pienso de modo especial en santa Catalina de Siena y en santa Teresa de Jesús, a las que el Papa Pablo VI concedió el título de Doctoras de la Iglesia”<sup>22</sup>. “Las mujeres santas son una encarnación del ideal femenino, pero son también un modelo para todos los cristianos, un modelo de la *seque-*

<sup>20</sup> “Es el símbolo de la esposa infiel que Dios ha conducido de nuevo a sí en el amor” (D. Barsotti, *Meditazione sulle apparizioni del risorto*, ed. Queriniana (Brescia 1989). Cit. C. CAFFARRA, *Lettera alla donna per il Grande Giubileo 2000*, (Ferrara, 25-3-2000).

<sup>21</sup> C. CAFFARRA, *Lettera alla donna* (Ferrara, 25-3-2000).

<sup>22</sup> JUAN PABLO II, Carta a las mujeres 11.

*la Christi*—seguimiento de Cristo-, un ejemplo de cómo la esposa ha de responder con amor al amor del esposo”<sup>23</sup>.

En 1993, en el discurso a las participantes en un congreso nacional italiano con motivo del quinto aniversario de la *Mulieris dignitatem*, Juan Pablo II pide a las mujeres promover una *cultura de comunión*: “La Iglesia, para realizar la obra urgente de la nueva evangelización, tiene necesidad de las mujeres cristianas, de su carácter misionero; necesita su *profecía* para que el hombre contemporáneo se encuentre con el *Señor resucitado*, el Viviente. Frente a los desafíos de nuestro tiempo, tan avaro de ternura y tan lleno de tensiones, es más urgente que nunca “la manifestación de aquel “genio” de la mujer, que asegure en toda circunstancia la sensibilidad por el hombre” (*Mulieris dignitatem*, 30 ). Sed misioneras del evangelio de la vida, para que la cultura social, económica y política de nuestro tiempo adquiera su propia dimensión ética (cf. *Christifideles laici*, 51). La elaboración de una diversa cultura del hombre y de la convivencia social es un gran desafío que hay que afrontar con decisión y valentía. Éste es un *profetismo particular* de la mujer, llamada hoy a elaborar una diversa cultura del hombre y de su ciudad. Frente a estas inmensas tareas a las que os llama la Providencia del Señor, María se os presenta como modelo permanente de toda la riqueza de la feminidad, de la originalidad específica de la mujer, tal como Dios la quiso”<sup>24</sup>.

Humanidad es *llamada a la comunión interpersonal*: “En el *fiat* de María está la fuente de la comunión, que es mucho más que el éxito de un recíproco acuerdo humano; es, más bien, un ilimitado y recíproco hacer espacio dentro de sí al otro”<sup>25</sup>. En la carta a los obispos sobre la colaboración del hombre y de la mujer, se hace notar que: “mirar a María e imitarla no significa, sin embargo, empujar a la Iglesia hacia una *actitud pasiva* inspirada en una concepción superada de la feminidad. Del Hijo de Dios aprendemos que esta ‘pasividad’ es en realidad el camino del amor, es poder real que derrota toda violencia, es ‘pasión’ que salva al mundo del pecado y de la muerte y recrea la humanidad. Confiando su Madre al apóstol

<sup>23</sup> *Mulieris dignitatem* 27.

<sup>24</sup> Declaración final de la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos, n. 4; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de diciembre de 1991, p. 7.

<sup>25</sup> L. MELINA, *Moral: entre la crisis y la renovación*, EIUNSA (Madrid 1998)<sup>2</sup> 98.

san Juan, el Crucificado invita a su Iglesia a aprender de María el secreto del amor que triunfa”<sup>26</sup>.

En 1999, el día de la iniciación de la segunda Asamblea Especial para Europa del Sínodo de obispos (1-10-1999), Juan Pablo II hizo inesperadamente la siguiente declaración: “Tengo la alegría de proclamar a tres nuevas patronas del continente europeo: santa Edith Stein, santa Brígida de Suecia, y santa Catalina de Siena”. En ese mismo día se da a conocer la carta apostólica, con forma de *motu proprio*, titulada *Spes aedificanti*. A los tres santos patronos de Europa, Benito de Nursia<sup>27</sup>, y los hermanos Cirilo y Metodio<sup>28</sup>, se agregaban entonces los nombres de tres grandes figuras femeninas.

“La mujer es fuente de *vida*, es creadora de *comunidad* porque es inspiradora de *donación*”<sup>29</sup>. Brígida, Catalina, y Edith, fueron creadoras de comunidad, así nos lo revela su vida: Brígida es “un puente —dice Pablo VI— entre Suecia y Roma, protestantes y católicos. Un *puente con sonoridades ecuménicas*”<sup>30</sup>. Catalina de Siena<sup>31</sup>: “Sabe que las crisis del mundo son *crisis de santos*. Lo que Cristo quiere es un puñado de hombres Suyos en cada una de las actividades humanas. Catalina nos ilumina con su vida transparente una realidad. La paz en el mundo de hoy sólo se logrará si cada bautizado reforma su vida a la luz del Evangelio y emprende así esa nueva evangelización del mundo. El amor a la cruz es el nervio de su pedagogía... Las tres décadas de su vida en la tierra fueron un mensaje, siempre actual, de amor a la Iglesia. Un intenso y amplio magisterio de verdad y de amor desarrolló con su palabra y con sus escritos en sus treinta y tres años. Un magisterio rubricado con la emocionante ofrenda de su vida”. Edith Stein, santa Teresa Benedicta de la Cruz, filósofa y conversa, nacida en Alemania de padres judíos, muerta en Auschwitz en 1942, y declarada santa en octubre de 1998, sobre ella escribe en el *motu proprio Spes aedificanti*, n.9: “El encuentro con el

<sup>26</sup> CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo, (31-5-2004) 16.

<sup>27</sup> T. VII, *Semblanzas*, 83-93. *Hora de los laicos* 442-443.

<sup>28</sup> T. II, *Semblanzas*, 109-128.

<sup>29</sup> JUAN PABLO II, “El misterio de la feminidad a la luz de Cristo”, discurso a las participantes en el congreso nacional del Centro italiano femenino: Presencia de la mujer en la historia de la salvación (6-12-1982).

<sup>30</sup> T. VII, *Semblanzas*, 170.

<sup>31</sup> T. IV, *Semblanzas*, 169-185.

cristianismo no la llevó a repudiar sus raíces hebraicas, sino más bien se las hizo redescubrir en plenitud”.

La respuesta a la llamada a la comunión la vemos realizada en la vida de los santos, baste citar sólo algunos ejemplos. Santa Escolástica<sup>32</sup>, hermana de san Benito de Nursia<sup>33</sup>: “*secum vivevat*. Vivía consigo, y era dueño. Es el elogio conciso y sublime que san Gregorio Magno dedica a su hermano Benito. Se puede aplicar también a ella. Los dos se parecen al viento que lleva en su desnudez todas las ricas semillas de la creación, y no guarda nada para sí. Hermana de san Benito, la vida de éste ilumina algo más la suya. Nada sabemos de sus padres, pero sí conocemos la *fraternal intimidad* que unía a los dos santos. Benito forja desde niña, a una con sus padres, a la santa. Ella admiraba su prudencia y sensatez. Escolástica, en cambio, contagió dulzura y suavidad al futuro patriarca. *Influencia recíproca* y feliz los ligaría en *cordial amistad*.”.

Santa Clara de Asís<sup>34</sup>, según el padre Morales: Francisco fue la inspiración para Clara. La lanzó a la gran aventura franciscana. Ella fue una discípula fidelísima, pero con frecuencia tuvo que confirmar a Francisco en su ideal. Como madre amorosa y paciente, le infundió una y otra vez el coraje y estimulo en momentos difíciles que atravesaba. Tenía algo que le faltaba a Francisco. Una extraña ecuanimidad, una *serenidad casi invulnerable*. “Clara de Asís, en su encierro contemplativo, lleva a plenitud los sueños más profundos que anidaban en el alma de Francisco: el ansia nunca saciada de contemplar el rostro del Señor. Sin ella, el franciscanismo sería una planta sin flor, una partitura sin melodía, un bosque sin árboles ni ruiseñores”<sup>35</sup>.

<sup>32</sup> T. II, *Semblanzas*, 87-98. Una anécdota del padre Morales en el mes de julio de 1992: están algunas cruzadas en el albergue Aidamar, en Gredos, también está él. Al día siguiente de la fiesta de san Benito, celebra memoria de santa Escolástica, con una preciosa homilía sobre la santa. Durante la comida, comentan algunas cruzadas: “¿Qué le habrá pasado al Padre?, ¡la fiesta de santa Escolástica se celebra en febrero!, ¡qué despiste tan raro!”. En efecto, siempre dejaba todo preparado el día anterior. Una de las que estaba en la comida sabía que no había sido ningún despiste. El día anterior había estado hablando con él, y como respuesta a todas sus dudas, él le habló de la amistad entre san Benito y santa Escolástica. Aquel gesto suyo -¡y tantos otros!- llegaría al corazón de aquella cruzada...

<sup>33</sup> T. VII, *Semblanzas*, 83-93.

<sup>34</sup> T. V III, *Semblanzas*, 95-108.

<sup>35</sup> Regla 2, femeninas, 22.

Santa Juana Fremiot de Chantal<sup>36</sup> “conoce a san Francisco de Sales<sup>37</sup> y le trata durante dieciocho años. Una reciproca amistad unirá ya siempre dos almas gemelas. El santo le parecía a ella ‘una imagen viva en que está pintado el Hijo de Dios y Señor nuestro’. Sin la suavidad contagiosa de Francisco de Sales, Juana habría encaillado, quizá, en el escollo de la altivez presuntuosa y arrogante. Temperamentos opuestos por carácter y educación, se compenetrarán íntimamente. Francisco, dulzura y sonrisa, conserva siempre algo de maternal al vivir las más recias virtudes. Juana, en cambio, de aspecto más rígido, genio para organizar y dirigir, actuaba con firmeza viril, que a Francisco le parecía a veces excesiva”<sup>38</sup>.

Los santos nos enseñan a responder a esa llamada a la comunión, pero es necesaria la conversión personal permanente: “la conversión de la humanidad a Dios, a fin de que tanto el hombre como la mujer conozcan a Dios como a su ‘ayuda’, como Creador lleno de ternura y como Redentor que ‘amó tanto al mundo que dio a su Hijo único’ (Jn 3, 16)”<sup>39</sup>. “El Buen Pastor está con nosotros en todas partes. Igual que estaba en Caná de Galilea, como Esposo entre los esposos que se entregan recíprocamente para toda la vida, el Buen Pastor está hoy con vosotros como motivo de esperanza, fuerza de los corazones, fuente de entusiasmo siempre nuevo y signo de la victoria de la *civilización del amor*. Jesús, el Buen Pastor, nos repite: *No tengáis miedo. Yo estoy con vosotros*”<sup>40</sup>. El Buen Pastor está con nosotros en la Eucaristía, el sacramento del Amor.

<sup>36</sup> T. XII, *Semblanzas*, 111-132.

<sup>37</sup> T. I, *Semblanzas*, 219-239.

<sup>38</sup> *Ibidem*.

<sup>39</sup> Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo, (31-5-2004) 17.

<sup>40</sup> Carta a las familias 18. “Los cruzados sólo deben preocuparse de que las almas ‘tengan vida y la tengan más abundante’. Han nacido en la Iglesia para ser continuadores de la misión de Cristo. Él la concretó en una divisa que hace suya la Cruzada: *‘He venido para que tengan Vida y la tengan más abundante’* (Jn 10, 10). Y sólo para eso... Hacen lema de su vida la divisa de Jesús, para que *‘todos los hombres sean consumados en la Unidad’* (Jn 17, 23) de la Trinidad y el mundo reconozca en Cristo al enviado del Padre”. (T. MORALES, S.J., regla 1, comunes, comentario, 15-16).

## 5.- Nuestra amistad con Cristo: la Eucaristía

La Eucaristía es la invitación del Padre a pasar al banquete, a participar todos de la comunión filial, expresión máxima de la *amistad con Cristo* que nos hace dejar de ser siervos<sup>1</sup>: “Ya no os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado *amigos*, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15, 15). La afirmación de Cristo, “no os llamo siervos sino amigos” se muestra decisiva para entender la verdad de la amistad que Dios ha inaugurado con el hombre. Porque propiamente esto es la caridad: una cierta amistad con Dios<sup>2</sup>.

El encuentro con Cristo se desarrolla, para cuantos lo accogen, en una *amistad con Él*. El Espíritu Santo hace a Cristo contemporáneo del hombre de todo tiempo en la Iglesia y nos permite, también a nosotros, de una forma misteriosamente más profunda, la experiencia de compañía con Él que hicieron sus primeros discípulos. Por otra parte, la obra del Espíritu Santo convierte al hombre en “otro Cristo”, haciéndolo partícipe del mismo amor que le movía a Él a obrar: la caridad fruto del Espíritu Santo. El don de la caridad es, por tanto, el don de ser introducido en la Comunión Trinitaria. Y de esta manera, la caridad genera, a su vez, una comunión humana: la Iglesia, familia de Dios, en la que todos sus miembros participan de la misma comunión, ya que a todos se les ha dado. Las demás personas entran dentro de esta comunicación divina: y es ella misma la que el cristiano comunica a los demás.

<sup>1</sup> J.J. PÉREZ-SOBA, “Un camino a recorrer: la enseñanza de la moral”, en *La plenitud del obrar cristiano*, Palabra (Madrid 2001) 119.

<sup>2</sup> “La auténtica amistad con Dios es la caridad, principio de todos los actos cristianos, forma y madre de todas las virtudes” (J.J. PÉREZ-SOBA, “La pregunta moral en santo Tomás”, en *Cuadernos de pensamiento 16*, Fundación Universitaria Española (2004) 260. Cf. J. LARRÚ RAMÓS, *La amistad, luz de la redención. Estudio en el Comentario al Evangelio de san Juan de santo Tomás de Aquino*, Siquem (Valencia 2002).

<sup>3</sup> Para las características del encuentro con Cristo: cf. J.J. PÉREZ-SOBA, “Presencia, encuentro, comunión”, en *La plenitud del obrar cristiano*. 374.

La amistad es la principal analogía que usa santo Tomás para entender la Eucaristía. Es la razón principal que tiene para definir la Eucaristía como *Sacramentum caritatis*. En cuanto ofrece *la amistad con Cristo*, este Sacramento realiza la unidad de la Iglesia<sup>4</sup>. Por tanto, Cristo se hace presente al hombre de un modo absolutamente personal: *Christus maxime est sapiens et amicus*, afirma santo Tomás (STh. I-II, q. 108, a. 4). El obra sobre todo mediante consejos, como ocurre con los *amigos*, más bien que mediante preceptos, como en cambio, acontece con los *siervos* (cf. Jn 15,15). En la dinámica de la amistad, *el amado se convierte en regla del amante*: en efecto, la unión afectiva hacer percibir como conveniente y connatural cuanto él quiere<sup>5</sup>.

Preguntan los discípulos a Jesús: "¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?" (Jn 6, 28). Jesús responde con precisión: el modo de entrar en la obra de Dios será una acción del hombre, la *fe*: "esta es la obra de Dios, que creáis en quien Él ha enviado" (Jn, 6, 29). Sólo en la fe, el hombre puede hacer las "obras de Dios"<sup>6</sup>. La fe es el comienzo de un modo nuevo de obrar, la participación en un principio de acción en Jesucristo, que se remonta a la misma creación. Llegar a ello supone necesariamente la *aceptación de Jesucristo* y se dirige a conformar una *comunión* con Cristo. De este modo el discípulo forma un verdadero "nosotros" con Él. "Sabes por la *fe* que Cristo está dentro. *Amigo siempre presente*, llama viva de tu alma, tan presente como cuando recorría la tierra"<sup>7</sup>. "En la Hostia Pura, Jesús es para nosotros *compañía* en la soledad, "Ya no os diré siervos, sino *amigos*" (Jn 15, 15). "Soy Yo, no temáis, el *Amigo incomparable* (Mt 28, 10). Con el Santo Doctor comprobarás que 'a Dios se le busca para encontrarlo más dulcemente, y se le encuentra para buscarlo con más avidez' (*De Trin.*, 15, 2)"<sup>8</sup>.

El signo eminente de Cristo, su acción fundamental de culto, es la *entrega* de sí por amor, al Padre *por los amigos* (cf. Jn

15, 13). La acción de Cristo, en una referencia pascual, es la realización del nuevo culto "en espíritu y verdad" (Jn 4, 23)<sup>9</sup>. La fuerza con la que Jesús recalca en su discurso la necesidad de comer su carne y beber su sangre permite atribuir tal centralidad simbólica en el pan y el vino, unida al significado de su actuación: el dar al mundo *la vida eterna*. A la vez que es un símbolo que despierta la fe, la Eucaristía es un don que supera todas las perspectivas. La Eucaristía, portadora de *vida eterna*, nos aparece con una influencia directa en la acción del hombre. Es principio de nuestras acciones y responde a la llamada de Jesús.

Según el padre Morales "el cristianismo consiste en vivir una *fe práctica*, es decir, la Encarnación en todas sus consecuencias"<sup>10</sup>. La fe es el núcleo, la semilla de las cosas que se esperan, *sperandarum rerum substantia* (Hbr. 11, 1). La fe evoluciona, se desarrolla en esperanza para poseer el amor. Dante dice bellamente que es contenido de las cosas esperadas. Es oscura pero no ciega. Tiene razones que la justifican. "La fe tiene sus ojos" (san Agustín)<sup>11</sup>. La fe descubre a Dios, pero la esperanza nos da alas para volar hacia Él<sup>12</sup>. La esperanza es esa virtud de la ruta que nos da la certidumbre de caminar bajo la mirada de Dios<sup>13</sup>. "La fe desarrolla en las almas 'el sentido de Cristo' (1 Cor 2, 15), el instinto de Dios"<sup>14</sup>. "*La fe es una reciprocidad amorosa*: Dios y yo. La fe es encuentro de dos personas. Una relación mutua. Es plenitud de presencia y totalidad de compromiso"<sup>15</sup>. La fe es tener paciencia hasta que nos identifiquemos con aquel que es Amor eterno. La fe es una aventura amorosa:

"Pero la fe se diferencia de todas las demás aventuras amorosas. En la fe el perdón es absoluto, la admiración es siempre nueva, la

<sup>4</sup> J.J. PÉREZ-SOBA, "Memoria Eucarística del don de Cristo", en *La plenitud del obrar cristiano*, 267.

<sup>5</sup> L. MELINA, "Amor, deseo, y acción", en *La plenitud del obrar cristiano*, 335.

<sup>6</sup> J.J. PÉREZ-SOBA, "Memoria Eucarística del don de Cristo", en *La plenitud del obrar cristiano*, 249.

<sup>7</sup> *Coloquio familiar*, 237.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

<sup>9</sup> J.J. PÉREZ-SOBA, "Memoria Eucarística del don de Cristo", en *La plenitud del obrar cristiano*, 255.

<sup>10</sup> T. MORALES, S.J., *Coloquio familiar*, Cruzada de Santa María (Valladolid 1971) 143.

<sup>11</sup> *Ibidem*, 144.

<sup>12</sup> *Coloquio familiar*, 150.

<sup>13</sup> *Ibidem*, 158.

<sup>14</sup> Regla 4 comunes, comentario, 32.

<sup>15</sup> Reglas 3 femeninas, 47.

*amistad eterna*, la oscuridad se desvanece al brillar otra vez el sol sin ocaso<sup>16</sup>.

Con la edad la fe se hace más luminosa, causa más profunda alegría: "Mi unión con Él se parece a un matrimonio anciano en viejo hogar. Cada día se quieren más. Su amor ya no se desborda como en la juventud, pero es más sereno, delicado, fiel. Un inmenso caudal de ternura acumulado con los años, los une. Así es la fe. Con los años adquiere más consistencia<sup>17</sup>". "De la fe arranca el amor que te transforma hasta identificarte con Él. Santo Tomás, precisión teológica, intuición genial, te lo enseña: el efecto propio de la Eucaristía es "la transformación del hombre en Cristo por el amor" (IV Sent. D. 12, q. 2, art. 2, sol. 1)<sup>18</sup>", escribe el padre Morales, y advierte:

"Aquí radica la diferencia entre el *pan del cielo* y el de la tierra: Cuando comes, transformas en ti el alimento. Cuando comulgas, Él te transforma. "Si recibes bien el Cuerpo de Cristo, eres lo que recibes" (san Agustín, Sermón 57, 7). Pasas a ser en la comunión lo que comulgas (León Magno). Es el impacto que produce en el alma la comunión: transforma al hombre en Cristo hasta poder decir: ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí. El alimento eucarístico no actúa pasivamente dejándose asimilar. Funciona transformando al que lo recibe (santo Tomás, in IV Sent. 12, q. 2, ad. 1)<sup>19</sup>".

La Eucaristía no es sólo un signo para hacer surgir la fe que nos une a la acción de Cristo y en ella nos da la vida eterna, sino una auténtica acción de Dios en Cristo en relación a su entrega pascual. La eternidad del don ofrecido no se refiere solo a un futuro, sino a un presente que ya actúa. Esto es debido a que el efecto de tal acción no es algo ajeno a la acción del hombre, sino que la transforma desde dentro. Realiza aquello que significa, en este caso, convertirse en don ofrecido del fin de todo hombre, la comunión con Dios. Una vida eterna que no se puede dar sin la actuación de la libertad del hombre<sup>20</sup>.

16 *Ibidem*, 45.

17 *Ibidem*, 46.

18 *Vademécum*, 219.

19 *Ibidem*, 218.

20 *Ibidem*, 257.

Sólo la Eucaristía sacia el deseo del hombre, es encontrar el cielo aquí en la tierra. La Eucaristía es el momento cumbre del actuar humano, en el que las distintas dimensiones propias de esta acción —el sacrificial, de salir de sí mismo para alcanzar el fin; y el de signo, de unión de la intención y la idea— alcanzan aquí una realidad nueva. En la Eucaristía se realiza, según Blondel, una doble tendencia de la acción: el darse y el crecer<sup>21</sup>. El punto de vista es nuevo, no parte directamente de la acción del Dios, sino del *hambre del hombre*, pero de un hambre específica que se dirige hacia un *pan del cielo* que no es fruto de nuestra acción, sino que necesita un don de lo alto. El modo de acercarse mejor a tal acción es fomentar el hambre, que nos presenta la provocación de Cristo. Es responder con Pedro: "¿A quién iremos, solo Tú tienes palabras de vida eterna?" (Jn 6, 68). Solo así se percibe la verdad del pan de vida que sacia al hombre. En el mismo modo humano de obrar se ofrece el don divino de una acción que provoca una amistad que manifiesta la plenitud de vida: la vida eterna. La Eucaristía es el pan de los caminantes, que construye ese "permanecer en el amor" que es la Iglesia. Pero no quita la dramaticidad propia de la vida humana, más bien se inscribe en el diálogo de libertades en la temporalidad propia de nuestro mundo. En el "peso del día y el calor" (Mt 20, 12) aparece como un jornal de gracia. Es el alimento de la acción cristiana que sabe vivir la providencia divina, consciente de que "cada día tiene su afán" (Mt 6, 34). Es el "pan nuestro de cada día" como ya afirma san Cipriano, que destaca igualmente la exigencia del ámbito eclesial.

La amistad con Cristo en su concreción eucarística da a la acción humana ese principio de *continuidad* entre sus acciones que es propia de la amistad en cuanto es un *hábito*. Está unida a la permanencia que supone entender la gracia como inhabitación del Espíritu y en una dinámica que está en relación directa con las distintas amistades que vive el hombre, las relaciones personales en las que se desarrolla su vida. *Es la amistad la que sostiene y unifica la vida moral del hombre*. Es su dinamismo el que aclara cómo la Eucaristía permite crecer en la caridad en relación a todo su ámbito vital y como participación de la vida eclesial como una vida de santidad.

21 J.J. PÉREZ-SOBA, "Memoria Eucarística del don de Cristo", en *La plenitud del obrar cristiano*, 263.

Ahora bien, la amistad no es nunca una mera idea, nace de un encuentro real y se desarrolla en la historia. El don de la acción salvífica de Cristo en su misterio pascual al ofrecerse como *memorial*, se introduce en la historia del hombre, la biografía de sus acciones que necesariamente se desarrolla en multitud de circunstancias. Es la *temporalidad* de la existencia humana que entra en la dinámica sacramental<sup>22</sup>. La temporalidad penetra en el modo mismo como se ofrece la Eucaristía a los hombres, de modo que se entrelaza en los hechos de su vida. En su valor sacramental tiene un valor pluriforme para el hombre. Es para él: Sacramento-presencia, sacramento-sacrificio, y sacramento-comunión (RH 20). Si las tres dimensiones son inseparables, su diferenciación se debe a una temporalidad interna a la acción eucarística. Desde tal temporalidad podemos ver cómo se corresponde esta triple división con la estructura básica interpersonal de la acción del hombre: la presencia, el encuentro y la comunión (Pueden entenderse como tres fases, antecedente, existencial y final de un dinamismo moral que surge de la experiencia primera de una unión interpersonal desde su inicio). Podemos afirmar, por tanto, que la Eucaristía sostiene la acción con su presencia, la vivifica con el sacrificio y la alimenta con la comunión. La diversidad de los tres significados y su conjunción interna indica, al mismo tiempo, la gran riqueza de la acción eucarística y su propia limitación. Esta temporalidad básica es la que fundamenta la *repetición de la celebración*<sup>23</sup>.

La inmensidad de la Eucaristía alienta la esperanza e invita a la alabanza, la acción de gracias que es fuente de toda oración. Pero en cuanto comunicación temporal, tiene también sus límites que le vienen en su modo de comunicar, su universo significativo. Anuncia una plenitud de la que es un anticipo, pero a un hombre que todavía está a la espera de ese momento supremo en que "Dios sea todo en todos" (1 Co 15, 28). Tal limitación la suple reuniendo y construyendo la Iglesia, ese lugar donde vivir la caridad de Dios, que vive y vivifica por la Eucaristía. Como señalaba Juan Pablo II, en su primera encíclica, *Redemptor hominis*: "En la Eucaristía se renueva continuamente, por voluntad de Cristo, el misterio del Sacrificio que

<sup>22</sup> *Ibidem.*, 267-268.

<sup>23</sup> *Ibidem.*, 269.

Él hizo de sí mismo al Padre sobre el altar de la Cruz" (RH 20). Por eso, "todos en la Iglesia, pero sobre todos los obispos y sacerdotes deben vigilar para que este sacramento de amor sea el *centro* de la vida del pueblo de Dios, para que, a través de todas las manifestaciones del culto debido, se procure devolver a Cristo *amor por amor*" (RH 20). El padre Morales, no dude en afirmar que:

"El Corazón eucarístico de Jesús es el verdadero *epicentro* de la tierra. De él parte el impulso de amor que derrama la Vida Divina en todas las direcciones. El Cristo de la Misa, el Crucificado del Gólgota, está siempre en la Hostia Santa, levantado entre el cielo y la tierra, para reconciliar a los hombres con Dios y unirlos a su alabanza adoradora y reparadora de Verbo Encarnado"<sup>24</sup>.

La Eucaristía, *misterio de fe* que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta. En cierto sentido, "María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. "Feliz la que ha creído" (Lc 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia" (EdE 55)<sup>25</sup>.

"Iluminado por la fe, miras a Jesús Hostia. La Virgen te lo da. Ella es Madre allí donde Jesús nace: en Belén, en el corazón de los apóstoles el día de Pentecostés, en el altar, en la comunión... Sabe muy bien que la media de tu fe, determina el grado de tu participación en el amor de Cristo. El actúa en nosotros su poder santificador por y en la media de nuestra fe. Se crees más, más amor beberás de Aquel que es la fuente de la Vida (Sal. 35, 10). Iluminado por la fe contemplarás el amor de Jesús en la Hostia Santa"<sup>26</sup>.

Misterio de fe, y *misterio de luz*, como nos dice Juan Pablo II en la carta apostólica sobre el rosario, *Rosarium Virginis Mariae*. Jesús habla de sí mismo como "luz del mundo" (Jn 8, 12). En la

<sup>24</sup> Regla 28, comentario, 203.

<sup>25</sup> K. WOJTYŁA, *Meditazione sulla morte II*, en *Tutte le opere letterarie*, Bompiani (Milán 2001) 95.

<sup>26</sup> *Vademécum*, 203-238.

oscuridad de la fe, la Eucaristía se convierte para el creyente en misterio de luz, pues lo introduce en las profundidades del misterio divino. En este sentido, escribe el padre Morales:

"Jesús es tu *luz*. A sus destellos caminas. Tinieblas y muerte en el alma si no se contempla la Eucaristía Luz, Vida, Fuerza. La soledad del sagrario es la patria de los fuertes. El silencio amoroso, su plegaria incesante. Allí habla Dios y actúa en el hombre, forjándolo para el más glorioso destino: ser otro cristo prolongando la redención... Todo es luz en su alma de Verbo Encarnado, pero *luz que se transforma en amor*. La visión cara a cara de los abismos de la Trinidad, desencadena en el Él un amor irresistible, que finaliza en una alabanza al Padre de valor infinito"<sup>27</sup>.

La luz se transforma en amor y nos hace *familia*: "Misa, comunión, sagrario, nos hacemos *familia* en torno al altar. Hermanados con Jesús-Hostia "primogénito de una multitud" (Rm 8, 29) nos unimos fraternalmente"<sup>28</sup>. "Cristo en la comunión, por la fe y el amor, me hace *uno* con Él, pero la resultante inmediata se produce: me hace uno también con mis hermanos. Los sarmientos viven en la Vid recibiendo savia, y la Vid vive en ellos comunicándose, entre-lazándolos intimamente. Ya no viven cada uno para sí, ya no actúan según "el dictado de sus pasiones", sino "siguiendo el impulso del Don celestial recibido" (Dom. 15 desp. Pent.). Poco a poco, día tras día, se "transforma en celestial nuestra vida" (Dom. 2 desp. Pent.)"<sup>29</sup>.

"Comunión, *unión común*. Eso significa la palabra. No sólo unión de cada uno con Cristo, sino fusión mutua de los que comulgan. Naufraga el amor propio, y sólo queda flotando el amor de Dios. 'El amor de Cristo nos hace *uno*' (Lit. Jueves Santo). ¡Contraste de belleza impresionante! La Eucaristía, múltiple en cuanto signo sacramental, es única en la realidad que entraña, en esa Encarnación simbolizada y reproducida en el signo sensible (Santo Tomás, III, 73, 2). Única también en el efecto que produce en el que la recibe: hacerlo *uno* con Jesús y sus hermanos"<sup>30</sup>.

<sup>27</sup> *Vademécum*, 203-238.

<sup>28</sup> *Ibidem*, 203.

<sup>29</sup> *Ibidem*, 220.

<sup>30</sup> *Ibidem*, 221.

*Misterio de amor*: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15, 13). Cristo nos pide un *amor mutuo*, de *comunión*, en la Iglesia, se va a vivir en la Eucaristía. Es la cumbre del amor en la tierra. Es el *sacramento del amor*, el sacramento más esponsal que existe: Cristo y la Iglesia se hacen una sola carne. Es un amor que se entrega. La fuente de la caridad es Jesucristo. Esa fuente se recibe según se va, para ir a la Eucaristía hay que ir con *hambre de Dios*, sólo así nos llenamos de él, aprendemos a amar<sup>31</sup>. "La Iglesia es la realización perfecta de todo lo que era vislumbrado en la creación: Cuerpo y Cabeza, Esposo y Esposa, humanidad divinizada y Cristo. Dos en una sola carne: en la única Carne (eucarística) de Cristo que se dona a Sí mismo (cf. 1 Cor 6, 15-17)"<sup>32</sup>. *Cristo es el esposo*, porque "se ha entregado a sí mismo": su cuerpo ha sido "dado", su sangre ha sido "derramada" (cf. Lc 22, 19-20). De este modo "amó hasta el extremo" (Jn 13, 1). El "don sincero", contenido en el sacrificio de la cruz, hace resaltar de manera definitiva el sentido esponsal del amor de Dios:

"Cristo es el esposo de la Iglesia, como redentor de mundo. *La eucaristía es el sacramento de nuestra redención*. Es el *sacramento del esposo, de la esposa*. La eucaristía hace presente y realiza de nuevo, de modo sacramental, el acto redentor de Cristo, que "crea" la Iglesia, su cuerpo. Cristo está unido a este "cuerpo", como el esposo a la esposa. Todo está contenido en la carta a los Efesios. En este "gran misterio" de Cristo y de la Iglesia se introduce la perenne "unidad de los dos", constituida desde el "principio" entre el hombre y la mujer (*Mulieris dignitatem* 26).

La amistad con Cristo encuentra así su realización en la Iglesia: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos" (Mt 18, 20). La fecundidad de la Eucaristía puede manifestarse en la realización efectiva de la comunión eclesial, solo si la libertad humana se deja implicar y transformar por el don divino<sup>33</sup>. Para poder realizar la comunión a la que tiende, el actuar humano debe configurarse como consentimiento libre a la acción

<sup>31</sup> Cf. J.J. PÉREZ-SOBA, Instituto Berit de la familia, Madrid, 27-2-2004.

<sup>32</sup> C. CAFFARRA, *Lettera alla donna*, 25-3-2000.

<sup>33</sup> A este propósito: C. CAFFARRA, Vida en Cristo, EUNSA (Pamplona 1988) 21-25. Citado por L. MELINA, "Actuar por el bien de la comunión", en *La plenitud del obrar cristiano*, 393.

eucarística de Jesús, participando íntimamente en ella y dejándose penetrar e informar por ella. En este sentido, el sí de María al sacrificio eucarístico del Hijo es el prototipo y el modelo del actuar de la Iglesia y del cristiano. Se trata de vivir la liturgia de la tierra añorando la eterna del cielo, como nos dice el padre Morales, en el capítulo titulado “¡Ven, Señor, Jesús!”, con el que concluye el *Vademécum*:

“Con Él, en Él, y por Él, se ha iniciado la *liturgia eterna* del cielo. La alabanza amorosa de Cristo, Verbo Encarnado, al Padre, pasando por los labios de la Iglesia militante, ha sido hasta entonces la *liturgia de la tierra*. Una alabanza de la Iglesia peregrina y crucificada, unida a Jesús y apoyada en Él... Cristo agrega a este cántico universal de *amor eterno*, una nota personal y única. Es de un valor excepcional. Resiste toda comparación. Es la *oblación de amor* que un Dios-Sacerdote y Hostia hace subir, noche y día, hacia la Trinidad Santa. Es la alabanza infinita de su Sacerdocio Eterno. Él nos asocia a esta *liturgia eterna* de la manera más íntima. Somos para siempre, Uno con Él. Todas las riquezas de su redención son nuestras (1 Co 1, 30)<sup>34</sup>.

“El cruzado es un alma encendida en ardores eucarísticos. Ama ardorosamente a Jesús Eucaristía. En ese Corazón elige su “morada permanente”, escribe el padre Morales en el *Vademécum*<sup>35</sup>.

<sup>34</sup> *Vademécum* 291-292.

<sup>35</sup> *Vademécum*, 238; en el capítulo titulado “Familia adorando la Hostia Santa”, dedica unas páginas bellísimas a la Eucaristía (*Vademécum* 203-238). También en el *Oracional*, mes de junio, oraciones al Corazón de Jesús, Cruzada de Santa María (Madrid 1979); en la regla 28, de las comunes, dedicada a la consagración al Corazón de Jesús por el Inmaculado de Santa María, escribe: “el cruzado vivirá esta consagración con espíritu paulino de despojo total, *prolongando la Misa* en todos los actos del día...” (regla 28, 196). “Toda la renovación litúrgica del Concilio Vaticano II ha sido para dar realce a la Eucaristía. Es un Concilio eminentemente eucarístico. Participar plenamente en la Eucaristía es fundamental. Toda la *acción del hombre para ser plena* tiene que ser *eucarística*” (J.J. PÉREZ-SOBA, Seminario *Amor conyugal y vocación a la santidad*, 20-9-2001). El padre Morales, gran conocedor del Concilio, captó profundamente la centralidad de la Eucaristía. Hasta tal punto que mientras él vivió, indicó: “en las capillas de los Nazaret y Hogares el sagrario se mantendrá siempre adherido al altar en que se celebra la Santa Misa, así se simboliza con evidencia la unidad dogmática Eucaristía-Sacrificio y Eucaristía-Sacramento y se facilita la obligación suavísima de honrarle y adorarlo en el tabernáculo del altar” (Pablo VI, “Credo del pueblo de Dios”, n. 26).

La Eucaristía es el descanso para nuestro cansancio, el gozo para nuestros deseos. Por eso la Iglesia manda a sus hijos acudir a la Eucaristía. Por eso Juan Pablo II ha querido que la última de sus encíclicas sea de la Eucaristía y la Iglesia. La Iglesia nace de la Eucaristía: “La Iglesia vive de la Eucaristía, vive de la plenitud de este sacramento” ((RH 20), que establece “una misteriosa contemporaneidad entre el Triduum y el transcurso de todos los siglos”, escribe Juan Pablo II en su última encíclica, *Ecclesia de Eucaristía*<sup>36</sup>. “Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une a la Iglesia y la Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia... María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él”, así comienza el capítulo sexto de la encíclica *Ecclesia de Eucaristía*, titulado “En la escuela de María, mujer eucarística” (EdE 53)<sup>37</sup>, el capítulo más hermoso. María, mujer eucarística, de Caná a la Cruz:

“Repetir el gesto de Cristo en la Última Cena, en cumplimiento de su mandato: ‘¡Haced esto en conmemoración mía!’, se convierte al mismo tiempo en aceptación de la invitación de María a obedecerle sin titubeos: ‘Haced lo que él os diga’ (Jn 2, 5). Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María parece decirnos: ‘no dudéis, fíaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así *pan de vida*’ (EdE 54).

<sup>36</sup> JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucaristía* (17-5-2003) 5.

<sup>37</sup> Otra anécdota. En la homilía del 19 de enero de 1994, el padre Morales recordó: “¿Sabes lo que me ocurrió hace 25 años? Iba por las calles de Madrid, y me encontré en un escaparate con esta imagen de la Virgen que está sobre el altar desde Epifanía hasta el 2 de febrero. Simboliza tres dogmas: la Virgen tiene el Niño sobre las rodillas, dogma de la Encarnación; el Niño tiene en una mano la Hostia Santa y en la otra el Cáliz, acercándolos al corazón de la Virgen, dogma de la Eucaristía; y dogma de la Gracia santificante en mí”. Aquella talla se conserva en la sala de recuerdos de la cripta donde reposan los restos mortales del padre Morales.



## 6.- Testigos del amor: la verdad de dar la vida

“Pedagogía perenne”, “pedagogía divina”, “pedagogía eterna”, son expresiones utilizadas por el padre Morales para referirse a la “pedagogía de la santidad”, de la que nos habla Juan Pablo II en la *Novo millennio ineunte* (n. 31). Nos recuerda con Pío XII: “La finalidad de la Iglesia no es formar jefes, por muy importante que esto sea... su finalidad es hacer santos, es decir, *testigos vivientes de lo Eterno*”. La Cruzada, trocito de esa Iglesia universal, tiene ese mismo objetivo, expresado en su regla primera. Para garantizar su consecución se pone toda ella bajo el manto protector de María<sup>1</sup>. Y con Pablo VI: “La Iglesia tiene necesidad de *santos*, y el mundo también. De santos, cuyos caminos ásperos y suaves al mismo tiempo, nos enseñan la imitación de Cristo (27-10-1968)”<sup>2</sup>. El único objetivo: “alumbrar a Cristo en las almas”, es la única finalidad del cristianismo, llevar a plenitud la *vocación universal a la santidad* de todos los bautizados. Por tanto, no se trata de formar “personas buenas”, sino de ser santos, *testigos vivientes de lo eterno* (Pío XII<sup>3</sup>), *testigos del amor de Dios* (Juan Pablo II<sup>4</sup>). Con santa Teresita nos advierte:

“Santa Teresita se encarga de rectificar nuestro despiste. ‘La santidad no está en la práctica de tal o cual virtud. Consiste en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños en brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad, y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre’<sup>5</sup>.”

Según el padre Morales, la santidad no es más que “la vida cotidiana divinizada”<sup>6</sup>, que “se teje cultivando con paciencia el detalle

<sup>1</sup> Regla 1, comentario, 23.

<sup>2</sup> *Vademécum* 262.

<sup>3</sup> Pío XII, *Exhortación por un mundo mejor*, 10-2-1952.

<sup>4</sup> Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 6-1-2001, capítulo 4: “Testigos del amor”.

<sup>5</sup> *Vademécum*, 243.

<sup>6</sup> *Vademécum*, 244.

menudo, en apariencia insignificante, pero cargado de trascendencia eterna... Es el *caminito de santa Teresita*. Ella lo anduvo mirando a la Virgen. Es el secreto de la santidad evangélica, de la fortaleza apostólica. Esta fidelidad perseverante en lo pequeño es el atajo para llegar a la más alta santidad<sup>7</sup>. Sólo seremos testigos del amor de Dios, es decir, santos, si aprendemos a amar en el Corazón de Cristo:

"Aprende a amar en el Corazón de Cristo. 'Amaos los unos a los otros como Yo os he amado' (Jn 13, 34). El amor de Dios para contigo señala tres pistas que deben orientar tu *amistad*, aunque no acabes de alcanzarlas nunca. Es un amor *prioritario*. Dios toma la iniciativa. Nos ama antes que nosotros a Él. San Juan lo dijo con unas palabras inolvidables: 'Amemos a Dios porque Él nos amó primero' (1 Jn 4, 19). Es un amor *gratuito*, desinteresado. Es un amor *estable*. Es un amor magnánimo, ¡qué horizonte para amar!<sup>8</sup>

"El primer deber es dar al amigo, junto con tu afecto, un impulso hacia Dios, pero has de darle tu corazón<sup>9</sup>. Una vez que el amor de Dios entra en un alma acepta lealmente todas sus exigencias. Una fuerza de invención, de creación, de revelación, se apodera de ella, y la lanza hasta dar la vida. "El apostolado alma a alma consiste ante todo en ser *testigo*. Cada segundo de tu vida eres argumento a favor o en contra de Jesús<sup>10</sup>. Ser testigo del amor, es "vivir en la propia vida el misterio que anuncia con la palabra. Con su vida revela a un Dios crucificado 'muerto por nuestros pecados', pero *resucitado* para nuestra santificación' (Rm 4, 25). El apostolado es un misterio de vida divina asimilada y comunicada, amar llevando amor a los demás. Su vida es como el río, que alimenta el regadío, que nunca niega sus aguas hasta que se queda vacío"<sup>11</sup>.

"Ama a Dios y vivirás el alma a alma. Por ley natural el amor a los hijos surge del amor al Esposo. La verdadera esposa y madre no trata de aprisionar con su amor. Aceptando las renunciaciones que la vida impone, vive cumpliendo su grandiosa misión. Colabora en el destino personal de los seres, a quienes ama más que a su propia vida"<sup>12</sup>.

<sup>7</sup> Reglas 3, femeninas, 36.

<sup>8</sup> *Hora de los laicos*, BAC (Madrid 1985) 384-385.

<sup>9</sup> *Coloquio familiar*, 217.

<sup>10</sup> *Ibidem*, 215.

<sup>11</sup> Regla 5, femeninas, comentario, 54.

<sup>12</sup> *Coloquio familiar*, 223.

"El apostolado es enseñar uno a uno a amar"<sup>13</sup>. Para ello "hace falta ese *difícil ocultamiento* que facilita el camino de la gracia, y deja libre a Cristo para mover corazones"<sup>14</sup>. Como observa el padre Morales: "con frecuencia queremos encerrar el apostolado en coordenadas humanas. Creemos que si no se producen resultados tangibles se fracasa. El *apostolado* no es eso. No es matemática, ni física, ni economía. Es mucho más. *Es vida*. Es un influjo sutil e impalpable en las almas, lento y bello como un amanecer... no se sabe cuando empieza el clarear de un alma"<sup>15</sup>. "El apóstol, a través de la amistad, da lo que no tiene, pero Cristo se lo comunica: el agua de la Vida. Dios utiliza al bautizado como acequia o canal del río que es Él mismo"<sup>16</sup>. El apostolado es reflejar el misterio de Cristo en la vida propia. Con esto sólo, el cristiano es ya "luz del mundo", estrella en la noche del paganismo. Nos advierte de un peligro:

"*He podido comprobar* la verdad de una afirmación categórica que lei hace poco: '*La terrible enfermedad profesional* del misionero es creer que puede realizar su actividad *dejando de vivir en sí mismo*, en mayor o menor grado, *el misterio que anuncia*... Se anuncia a Cristo, pero no está unido con Él más que débilmente y por intermitencias... Tengamos cuidado, no nos convirtamos en *funcionarios* y descuidemos ser 'chiflados' por Cristo"<sup>17</sup>. Sí, esta es la terrible enfermedad profesional del militante laico que hay que prevenir y curar con paciencia vigilante. No hay que dejar se convierta en funcionario, sino que sea, cada día más, un "chiflado" por Cristo"<sup>18</sup>.

En el mismo sentido, escribe en las *Semblanzas*: "La *enfermedad profesional del apóstol* es fácil de contraer al ritmo agitado de la vida trepidante que llevamos. *Dejamos con frecuencia de ser bautizados que viven la fe*. Confundimos el apostolado al creer que puede

<sup>13</sup> Regla 30, comentario, 217. Llama a los ejercicios espirituales de san Ignacio, "escuela del Amor" (regla 30, comentario, 226).

<sup>14</sup> Regla 30, comentario, 221.

<sup>15</sup> *Laicos en marcha*, Cruzada de Santa María (Madrid 1984<sup>3</sup>) 284.

<sup>16</sup> *Hora de los laicos*, 380.

<sup>17</sup> J. LOEW, *Comme s'il voyait l'Invisible. Portrait d'un apôtre d'aujourd'hui*, Ed. Du Cerf, (Paris 1965) 49-50. Citado por el padre Morales, en *Laicos en marcha*, 286.

<sup>18</sup> *Laicos en marcha*, op. cit., 286.

hacerse *sin vivir el misterio de Cristo*, sin padecer con y en Él. Anunciamos a Jesús, pero sin estar continuamente unidos a Él. Nos convertimos en *funcionarios*, dejamos de ser “chiflados” por Cristo, y así somos estériles al actuar como autómatas<sup>19</sup>. Con la fina ironía que le caracterizaba, volverá a insistir en ello en sus últimas homilias:

“Si mañana te invitan a comer, corres el riesgo de hacer de ‘trinchante’ y ‘distribuidor’, y que no te aproveche la comida. Lo mismo pasa con el Evangelio. Lo que oyes se lo aplicas a los vecinos y tú haces de ‘trinchante’ y ‘distribuidor’.. ¡Corazón Inmaculado, enseñame a desconfiar por entero de mí y a confiar sólo en Ti!”<sup>20</sup>.

¿Cómo ser *testigos creíbles, testigos de la verdad* que anunciamos? El testimonio, para ser creíble, ha de ser, ante todo, testimonio de amor, de él saca su razón y su fortaleza. Así lo centra, precisamente, la carta *Novo millennio ineunte* en su último capítulo titulado “Testigos del amor” (c. IV, nn. 42-57). Y concreta las expresiones de este testimonio en dos: la primera la *comuni3n eclesial* “en esto conocerán que sois mis discípulos” (Jn 13, 35) que ha de dar lugar a toda una *espiritualidad de comuni3n* (nn. 43-45). La segunda, la *santidad* que es expresi3n privilegiada de la *caridad* (nn. 30-31). “Para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad” (Jn 18, 37). Con esta respuesta Cristo insiste en su dimensi3n de *camino* necesario para alcanzar la *verdad* que da una nueva *vida*. Es en este punto donde la carta *Novo millennio ineunte* incide una y otra vez<sup>21</sup>. El mundo necesita del *testimonio de los cristianos*, es aqu3 donde reside la fuerza de la verdad y en ella est3 escondida el principio que puede transformar el mundo<sup>22</sup>.

“Conoceréis la verdad y la verdad os har3 libres (Jn 8, 32).

Estas palabras encierran una exigencia fundamental y, al mismo tiempo, una advertencia: la exigencia de una relaci3n honesta con respecto a la verdad, como condici3n de una aut3ntica libertad; y la

19 T. II, *Semblanzas*, 88.

20 Homil3a, Iglesia de las clarisas de san Pascual, Madrid, 15-1-1994.

21 En los nn. 7, 15, 17, 41, 51.

22 Cf. J.J. P3REZ-SOBA, “La fuerza de la verdad”, en AA. VV., *Encuentros teol3gicos III*, Centro de cultura teol3gica de Guadalajara, (Guadalajara 2003), 33-47.

advertencia, adem3s, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral, cualquier libertad que no profundiza en toda la verdad del hombre” (*Redemptor hominis*, 12). El ser hijos de Dios comunica al hombre la verdad de Dios —eso es la fe—, los caminos para “volver” al Padre —y eso son los sacramentos—, todo en cumplimiento del designio divino para cada hombre: su *vocaci3n* (*Redemptor hominis*, cap. 4).

“No se puede hablar entonces de fuerza de la verdad sin hablar de la fuerza de la fe para la vida del hombre y de la debilidad que supone en 3l la carencia de toda fe. Se trata de una fuerza que necesita el reconocimiento de la propia debilidad. S3lo aceptamos la fe si pasamos por la humildad de ver la deficiencia de nuestra inteligencia para ser 3rbitro de toda verdad”<sup>23</sup>. La fuerza de la verdad se convierte por medio del testimonio en una fuerza del hombre. As3, en el coraz3n de la debilidad en el interior del hombre, se produce la revelaci3n de una inusitada fortaleza que vence al mundo:

“La verdad en la vida humana supone un acto de *reconocimiento*, esto es, una aceptaci3n interior. La aceptaci3n de una manifestaci3n no es una mera idea, ni una certeza subjetiva, sino que requiere el espacio interior de *acoger a otro*, y no existe una verdad que no implique en s3 misma *el empe3o de la persona*. La fuerza de la verdad es *interior*, y nos ayuda a no depender de hechos, sino del *sentido* de los mismos que nos abren horizontes”<sup>24</sup>.

El saber encontrar en medio de la oscuridad una nueva fuente de luz es el paso al mundo nuevo de la fe que siempre supone una *conversi3n* en la medida que es la aceptaci3n de otra persona en nuestro mundo interior. De este modo la *fe* es *inseparable* del establecimiento de una *comuni3n de personas* y, por medio de ella, es fuente de vida desde el principio<sup>25</sup>. “La comuni3n no puede quedar en un mero ideal imaginado, debe ser la realidad nuclear de nuestra

23 *Ibidem.*

24 *Ibidem.*

25 “La fe es una luz de comunicaci3n personal antes de una serie de afirmaciones de las cuales sacar consecuencias” (J.J. P3REZ-SOBA, “Persona, amor y moral”, *Cuadernos de pensamiento* 16, Fundaci3n Universitaria Espa3ola (Madrid 2004) 350.

existencia"<sup>26</sup>. La *verdad de la comunión* es entonces una especial riqueza en la existencia humana y requiere necesariamente el ejercicio de la libertad. Además, es imagen de la *comunión originaria* cuya comunicación a nosotros por medio del Misterio Pascual es el principio de la fuerza de una nueva comunión entre los hombres. Este hecho nos va a conducir a la máxima fuerza de la verdad en la existencia humana: el *dar la vida en testimonio de la verdad*.

Como se nos dice en uno de los textos más citados en el magisterio de Juan Pablo II, *Gaudium et spes* 24, el hombre 'no puede encontrarse a sí mismo, sino en el don sincero de sí'. Es aquí, en la manifestación de una verdad personal, donde la libertad y la verdad se implican mutuamente. Y la fuerza de la verdad es entonces una fuerza de liberación. La fuerza de la verdad está en el crecimiento interior del hombre, en relación a su *vida*. Jesús remite como explicación de la libertad del hombre a su libertad del Hijo (Gal 4, 6), plenitud de la revelación del hombre. El mismo valor de la vida de Cristo es éste, es testigo de Otro: del amor del Padre derramado en Él por el Espíritu Santo que posee "sin medida" (Jn 3, 34). Así introduce en este mundo, desde dentro, la Comunión definitiva que es para nosotros, por la fe, la vida eterna. En el cristiano la entrega se convierte en testimonio de la *comunión originaria* que nos concede la vida eterna.

Entonces la fuerza de la verdad no es sólo la de la evidencia, ni la del razonamiento, sino que está unida a la *fe*. Esa fe que requiere una oscuridad que es debida al modo de conocimiento y no sólo a la culpa del hombre; que es un modo de acoger una *verdad mayor que el hombre mismo* y que le entrega una fuerza mayor que la debilidad del hombre, la fuerza del *testimonio*. Está claro entonces que 'ésta es la *victoria* que ha vencido al mundo, *nuestra fe*' (1 Jn 5, 4). El padre Morales, convencido de que la juventud, sedienta de autenticidad, está deseando encontrar un amor por el que entregar la vida, nos pide:

"No la defraudemos. *No tengamos miedo*. Enarbolemos sin miedo bandera de *auténtica santidad apostólica*, como pide el Vaticano II. Las renovaciones fecundas y duraderas provienen, más que de los planes de los reformistas, de las creaciones de los *santos*"<sup>27</sup>.

<sup>26</sup> J.J. PÉREZ-SOBA, "El Evangelio de la familia", en *Pensar la familia*, AA.VV., Palabra (Madrid 2001) 397.

<sup>27</sup> *Laicos en marcha*, 304.

El mundo necesita *testigos de la verdad*, de una plenitud de verdad que testimonian los *santos*.. Es un testimonio que, en su realización, impregna todos los ámbitos de la vida, aún en las cosas más pequeñas. La Iglesia a lo largo de los siglos ha experimentado la verdad y la fuerza del don de sí en un misterio de *fecundidad* y la ha canonizado en aquellos que han entregado su vida física como testimonio eminente de la verdad de la vida del hombre<sup>28</sup>.

"Los santos son la gloria y la prolongación del reino de Jesús. Por eso la liturgia, después de conmemorar a lo largo del año los misterios de la vida de Cristo, propone la fiesta de todos nuestros hermanos glorificados. Nos mueven y nos ayudan a imitarlos en su combate... son para nosotros exhortaciones a la santidad"<sup>29</sup>.

"¡No temáis!", así empezó el pontificado de Juan Pablo II, porque Cristo redime, sólo Él libera, Cristo es luz siempre, es *Redemptor hominis*, dando la libertad con Verdad, nos indica en su primera encíclica, que termina con un amplio apartado sobre Santa María, Madre de la Iglesia. A este respecto, escribe el padre Morales: "Juan Pablo II, el gran Papa de la Virgen, no fiándose de nuestra inconstancia, pone en sus manos este final desgarrado y esperanzador del segundo milenio: 'Suplico sobre todo a María, la celestial Madre de la Iglesia, que se digne, en esta oración del nuevo Adviento de la humanidad, perseverar con nosotros que formamos la Iglesia, es decir, el Cuerpo místico de su Hijo Unigénito' (RH 22)"<sup>30</sup>.

"No iban solos. La Virgen, Madre de la Iglesia naciente, les seguía. María, Madre siempre, nos comunica luz, fuerza, amor, nos alcanza el Espíritu Santo, que nos convertirá en "testigos hasta los últimos confines de la tierra" (Hch 1, 8)"<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> Que se recuerda especialmente en: *Novo millennio ineunte*, n. 7. Y es desarrollado en: *Veritatis splendor*, nn. 90-94. Cf. J.J. PÉREZ-SOBA, "La fuerza de la verdad", o. c.

<sup>29</sup> *Vademécum* 263-264.

<sup>30</sup> *Laicos en marcha*, 309.

<sup>31</sup> *Laicos en marcha*, 306.

En el momento de la elección por Cristo, del reconocimiento del don inmediato del Padre, "no estamos solos, la Iglesia nos acompaña desde el interior, como una Madre"<sup>32</sup>. Por medio de la Iglesia, Cristo como buen samaritano *se acerca* a todo hombre y cura sus heridas, "no abandona al hombre, por el contrario, lo asiste de modo especial: lo deja en la posada, en el hogar de la Iglesia, donde puede recuperarse y crecer hasta su vuelta"<sup>33</sup>. Es la Iglesia como Madre la que guarda en el amor a cada persona:

"María sigue siendo *Madre de la Iglesia*. Su maternidad no envejece. Su amor no se desgasta. Su corazón no se achica. Sus brazos no se acortan. Tiene amor, corazón, brazos de madre, *para estrechar cuantos hijos lleguen*. Con ellos abraza la pequeña familia del Cenáculo, la gran familia de la Iglesia, del mundo... que todos seamos *uno* contigo en el Corazón Santísimo de Jesús"<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> J.J. PÉREZ-SOBA, "Presencia, encuentro, comunión", en *La plenitud del obrar cristiano*, 376.

<sup>33</sup> J.J. PÉREZ-SOBA, "Persona, amor, y moral", 364.

<sup>34</sup> Regla 29, comentario, 213.

## 7.- La amistad del padre Morales con los santos: su amistad con Teresa de Lisieux

¡Habría tantas cosas que decir de la amistad del Padre Morales con los santos! Toda su vida vivió en íntima amistad con ellos. Sus frases predilectas eran, después de la Sagrada Escritura, las frases de los santos: Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Carlos Borromeo, Catalina de Siena, Magdalena Sofía Barat, Teresa del Niño Jesús, y tantos otros... Unido estrechamente a Ignacio de Loyola por una profunda *amistad filial* que ilumina toda su vida. Fue un maestro pleno en la escuela del amor, los ejercicios espirituales de san Ignacio, enseñando uno a uno a amar; y fue *maestro* porque fue *testigo*, testigo de la verdad de darnos su tiempo, su vida, su amor, minuto a minuto, pero no podemos detenernos aquí... Baste decir, ¡gracias, Padre! Tampoco podemos detenernos en la profunda admiración y amistad que le unió siempre a Teresa de Jesús, y a sus hijas, las carmelitas. Describe así a la Santa: "Corazón delicado, ardiente, de una apasionada sensibilidad... Dios la va llenando hasta que un ángel incendia en amor divino el alma tan femenina de Teresa... Débil ante el cariño, invencible ante la adversidad"<sup>1</sup>. La considera una mujer "de talla excepcional, una fuera de serie"<sup>2</sup>. No duda en proponerla, después de la Virgen, como modelo acabado de feminidad<sup>3</sup>. La amistad con Teresa de Jesús le acompañó durante toda su vida, como ha quedado reflejado en sus escritos, y en su obra: "Tronco ignaciano, pero savia carmelitana. Así es la Cruzada de la Virgen"<sup>4</sup>. Conoció y trató personalmente a la

<sup>1</sup> T. MORALES, S.J., *Itinerario litúrgico*, Cruzada de Santa María (Madrid 1977) 650.

<sup>2</sup> T. MORALES, S.J., *Coloquio familiar*, 250.

<sup>3</sup> "Santa Teresa, es para vosotras, después de la Virgen, el modelo acabado de feminidad y fortaleza en perfecto y envidiable equilibrio" (regla 3, femeninas, comentario, 34).

<sup>4</sup> T. MORALES, S.J., *Itinerario litúrgico*, 640. *Vademécum* 274. Comentario regla 31, 234.

Madre Maravillas de Jesús, hoy santa Maravillas de Jesús. A su muerte, rápidamente inició una novena –que se prolongó durante años– para pedir su pronta beatificación. Sin duda, hoy gozará viéndola en los altares.

En homilias, retiros y ejercicios espirituales, no se cansaba de repetir las frases de los santos: “Quedéme y olvidéme, el rostro recliné sobre el Amado...” (Juan de la Cruz). “No hacer mudanza en tiempo de desolación” (Ignacio de Loyola). “Lo propio de Dios es hacer, lo propio del hombre, dejarse hacer” (Ireneo). “No conviene desanimarse por habladurías de la gente que tiene en la cabeza siempre nuevas imaginaciones. Basta obrar con rectitud en todo, y luego que cada cual diga lo que quiera” (Carlos Borromeo)<sup>5</sup>. ¡La lista sería interminable! En su trato con los santos, mantenía esa confianza y cercanía que le caracterizaba, mostrando un fino sentido del humor. Así, se permitía “traducir” su mensaje a un lenguaje más coloquial y cercano, salpicándolo con frases castizas: “¡desayúnate, que estás de huevo!”, “tienes que aprender a torear al *negro*”, “tómata la vida a chungu, riéte de lo que piensen”<sup>6</sup>, etc.

Gran cultivador de la amistad, no pretendemos abarcar aquí toda su vida. Vamos a detenernos solamente en los últimos años. ¿Con quiénes intimó especialmente? Al releer o escuchar de nuevo, sus últimas homilias, retiros y ejercicios espirituales, observamos que repetía constantemente frases de tres santas: Catalina de Siena, Magdalena Sofía Barat, y Teresa del Niño Jesús, estas tres mujeres le *acompañaron* especialmente durante los últimos años de su vida.

¿Cuáles eran aquellas frases? “Humilde es el que se esconde en su propia nada y sabe hacerse a Dios... con Santa Catalina debes repetir: ‘Tú eres, Señor, mi Todo, yo soy tu nada’, –y con cierto gracejo, añadía– “una nada que *passa* envuelta en pecado, ¡y a los tres días *nadie* se acuerda de ti!”. Así comenzó los puntos de meditación que dio a las cruzadas, en las convivencias de Navidad –su última Navidad en la tierra– el 1 enero 1994. El día 30

<sup>5</sup> Un autógrafo del padre Morales con la frase de Carlos Borromeo se reproduce en M. A. VELASCO, *Tomás Morales, sacerdote de Jesucristo, crónica inacabada de un amor inacabable*. Ed. Monte Carmelo (Burgos 2004) 158.

<sup>6</sup> Ávila, asamblea, retiro 11 febrero 1994.

de enero de 1994, al final de la Misa, después de la acción de gracias, antes de salir de viaje<sup>7</sup>, se despide de las cruzadas que vivían en el Hogar de Madrid:

“Como me voy a marchar mañana, si *no paso*<sup>8</sup> antes os quiero dejar como *legado* unas palabras de santa Catalina de Siena (podéis venir al despacho a las cuatro menos cuarto y a las seis de la tarde)”.

Tenía preparado para cada cruzada<sup>9</sup>, un papelito escrito a máquina, con estas palabras de Jesús a santa Catalina de Siena:

“Te he creado a Mi imagen y semejanza. Más aún, Me he hecho semejante a ti, tomando tu misma naturaleza. Por consiguiente, no ceso de trabajar para hacerte tan semejante a Mí cuanto eres capaz de serlo. Procuero renovar en las almas, en su caminar hacia el cielo, todo lo que se realizó en Mi Cuerpo”.

No se fue al día siguiente sino a los dos días. De ahí que al día siguiente, víspera de la fiesta de la Presentación del Niño Jesús en el Templo, recuerde otra vez en la homilía:

“Mañana la Virgen se ofrece, ofrece a Jesús, y a cada uno de nosotros. No sólo mañana, todos los días. Misterio insondable. Has venido a la Cruzada, eres cristiana, bautizada para esto. Estos días *tienes que repetir* las palabras de Jesús a santa Catalina de Siena, que copiaste ayer o anteayer: ‘Te he creado de la nada, te he

<sup>7</sup> Se fue a visitar los Hogares de la Cruzada y a las carmelitas, hasta el día 13 de febrero.

<sup>8</sup> Cuando hablaba de “pasar”, se refería a “pasar de este mundo al Padre”.

<sup>9</sup> Cuando alguien iba a verle, a veces le regalaba una estampa. Si no tenía nada escrito por detrás, abría su agenda y le dictaba una frase, o bien, se la recitaba de memoria: “Madre, como tú, femenina pero viril, delicada pero austera, sensible pero fuerte, profunda pero sencilla, responsable pero serena, que quien me mira te vea. Tú eres camino que al cielo guía, tú eres estrella que da luz, el que te ama llegará a Jesús”.. “Los desgarros de la vida los zurcía Teresa con la aguja de la fe y el dedal de la paciencia”. “Imaginad a una persona tan enamorada de otra que no se pudiese hallar un punto sin lo que ama. Así estoy yo con nuestro Señor, consolándome con Él, hablando siempre de Él y con Él”. Y se despedía: “Guarda esta estampa junto a tu corazón”.

hecho persona, para reproducir en ti, todo lo que se ha realizado en Mi Cuerpo: pasión, muerte, resurrección; fe, humildad, obediencia'. Estas tres últimas palabras están íntimamente relacionadas. Tienes que tener paciencia, con los demás, sobre todo contigo, con la manera de ser que Dios te ha dado. Paciencia para pasar del orgullo a la humildad, de la pereza a la paciencia amorosa, a pesar de las caídas continuas, te vuelves a levantar. Miras a la Virgen de Lourdes, a su Corazón Inmaculado, te dará fuerza".

En el retiro del 11 de febrero de aquel año, comienza del mismo modo: "Soy una nada que pasa envuelta en pecado, y los tres días nadie se acuerda de mí. Tú eres, Señor, mi Todo, yo soy tu nada. Me revelas el amor que me tiene el Padre. Me envías a tu Hijo Único. Me quieres, no con palabras, sino con obras... Yo soy tu Dios, tú eres mi nada".. Vuelve a repetir en el retiro las palabras de Jesús a santa Catalina: "En mi caminar hacia el cielo, quiero que tú reproduzcas todo lo que yo experimenté...". "Debo aceptarme tal y como soy, en cuerpo y alma, aunque haya sido mal hecho. Concédeme aceptarme como soy: *Tú eres mi Todo, Señor, yo soy tu nada*". En la *Semblanza* de santa Catalina escribe:

"La conciencia de su propia nulidad agita sus alas para adentrarse en la contemplación amorosa de los misterios de Cristo. Él le había dicho: 'tú eres la que no es; en cambio, Yo soy el que Soy' (*Legenda mayor* I, X). Convencida de su nada, sigue la consigna de Jesús: 'Búscame dentro de ti, y serás feliz'. Y le busca para encontrarle dulcemente, y le encuentra para buscarle con mayor avidez, pero sin salir de la celda de sus pecados"<sup>10</sup>.

Santa Catalina se conocía a sí misma como medida de lo que la quería Dios. Conocía a Dios en sí misma. Es decir, se formaba una idea de Dios amando, viéndose amar por Dios: ella, el "no-ser", con pecado encima<sup>11</sup>. Al conocimiento trascendente de su ser "nada" ante "El que es", añadió el conocimiento interno de su limitación y de su imperfección<sup>12</sup>. Conocerse a sí mismo como *no-ser* es

<sup>10</sup> T. IV, *Semblanzas*, 180-181.

<sup>11</sup> Cf. A. MORTA, "Introducción", Obras de santa Catalina de Siena, *El diálogo*, BAC (Madrid 1955) 3-164.

<sup>12</sup> *Ibidem*, 54.

conocer a Dios como fuente del *ser* que se tiene. La humildad, fruto del conocimiento de sí, en el sentido de santa Catalina, es una *humildad sustancial*.. Nace del conocimiento cierto de la propia naturaleza de criatura, o sea de que por sí mismo no tiene ser, sino que lo tiene del Único que lo tiene en sí y puede darlo. Por eso destruye el amor propio, causa de todo mal, crea el sentido del pecado, el odio y el aborrecimiento del mismo. Porque *no-ser* no equivale a la negación de la propia realidad existente, sino a la afirmación de la razón del *ser en otro*, el que nos lo da. Conocerse a sí mismo es conocer la bondad de Dios, el amor de Dios, que *se da* a la criatura en todo lo que *es ser* y todo lo que el ser supone. Es un eco de la doctrina tomista del amor creador. El ser propio, todo lo que de positivo hay en el hombre en el orden natural y en el sobrenatural, no es más que la medida del amor con que Dios quiere a su criatura<sup>13</sup>. Al concepto personal de ser "la nada con pecado"<sup>14</sup>, corresponde el dogma *Dios es amor*. Es el dogma de santa Catalina. No un dogma abstracto, sino hecho carne viva en ella misma y en toda criatura racional<sup>15</sup>. La absoluta convicción de su "no-ser" y "no-poder" suponía indefectiblemente en Catalina la misma absoluta convicción del "todo" y del poder omnimodo de *Dios-Amor*<sup>16</sup>. Como hemos señalado ya, para el padre Morales:

"La raíz del progreso en la vida interior no está sólo en el amor, sino en el amor que *se siente perdonado*. 'Quiero que tu celda sea el conocimiento de ti misma y de tus pecados'. Jesús sabía, al decir esto a santa Catalina de Siena, que de aquí arranca nuestro crecimiento en Su amor"<sup>17</sup>.

Con Magdalena Sofia Barat, repetía: "obediencia y humildad son hermanas gemelas", y añadía "nacen al mismo tiempo, se

<sup>13</sup> *Ibidem*, 130.

<sup>14</sup> En las charlas y meditaciones de los ejercicios espirituales de mes, que dio a las cruzadas en el verano de 1992, en Gredos, invitaba constantemente: "a estar con María Magdalena al pie de la cruz, llorando por los propios pecados". María Magdalena es, como hemos señalado ya, el símbolo real de la humanidad pecadora que es llamada a la intimidad con el Esposo. Cf. C. CAFFARRA, *Lettera alla donna per il Grande Giubileo 2000*, (Ferrara, 25-3-2000).

<sup>15</sup> A. MORTA, "Introducción", 56.

<sup>16</sup> *Ibidem*, 60.

<sup>17</sup> *Hora de los laicos*, 557.

desarrollan juntas, y pasan al Padre"<sup>18</sup>. En la *Semblanza* de la santa, había escrito:

"Dos pinceladas retratan su vida. Las traza en su última carta que escribe tres días antes de morir. Aconseja a M. Meyer que sea 'humilde, sencilla, dócil como un niña bien nacida, y obediente, porque *obediencia y humildad son gemelas inseparables*'"<sup>19</sup>.

"Un día –continúa el padre Morales– su hermano Luis bromea con ella y le dice para mortificar su orgullo: '¡Tú nunca serás santa!'. Le duele el reproche, y susurra: 'Yo me vengaré agarrándome a la humildad'"<sup>20</sup>. En el comentario a la reglas, escribe sobre ella:

"María Magdalena Sofía Barat, una de las santas más crucificadas de su siglo, en treinta años, de 1808 a 1838, soporta incesantes ataques que descargan sobre la recién nacida Sociedad del Sagrado Corazón. En la primera fundación, Amiens, Saint-Esteve se coloca enfrente de la santa arrogándose el papel de fundador... Entretanto, la madre Barat se ha quedado sola. Repite a sus hijas en aquellos días aciagos: 'Aceptemos la cruz desnuda, *Jesus autem tacebat*'. Estas tres palabras son toda mi fuerza"<sup>21</sup>.

En el último retiro que dio a las cruzadas, el 11 de marzo 1994, comenta: "La humildad y la obediencia son hermanas gemelas. El orgullo es como una mujer que da a luz hijos muertos. Sólo los humildes dan a luz hijos vivos". El día 24 del mismo mes, durante la homilía, hizo esta confidencia, "¿Sabes cuál es mi oración desde hace diez años?":

"¡Santa Madre de Cristo Dolorosísima, muerto y resucitado por mí, hazme pasar del egoísmo al amor, del orgullo a la humildad".

Al día siguiente, solemnidad de la Anunciación del Señor, en su última homilía en el Hogar de las cruzadas, el 25 de marzo de 1994, aclaró:

<sup>18</sup> Cf. Homilías, 7 enero-25 marzo de 1994.

<sup>19</sup> T. V, *Semblanzas*, 191.

<sup>20</sup> T. V, *Semblanzas*, 182.

<sup>21</sup> Regla 31, comentario, 231-232.

"Lo que se dice en homilías, catequesis, confesión, se dice, porque el primero que se lo aplica es el que lo dice. Continuamente *necesito pedir humildad*, porque el orgullo renace a cada momento. Lo digo porque *me lo aplico a mí, lo necesito*".

Así pues, el padre Morales, a sus ochenta y seis años, pedía constantemente a la Virgen: "hazme pasar del egoísmo al amor, del orgullo a la humildad", como él mismo nos revela. Cuando a finales de agosto fueron a verle a la enfermería de Chamartin, las cruzadas que habían estado haciendo los ejercicios espirituales de mes, dijo a Lydia Jiménez<sup>22</sup>: "Les habrás recordado que humildad y obediencia son hermanas gemelas". A juicio del padre Morales: "Sofía había sido esa 'niña dormida sin miedo en brazos de Dios Padre', como decía Teresa de Lisieux años adelante. Un *misterioso designio divino* encarga a Pío XI, en mayo de 1925, proclamarlas santas a la distancia sólo de siete días. El 17 a *Teresa* y el 24 a *Sofía, animándonos a recorrer el mismo senderito de sencillez y confianza* que ellas surcaron en la tierra rumbo al cielo"<sup>23</sup>. Sin duda, Sofía y Teresa le animaron a recorrer el mismo camino de sencillez y confianza. "La *humildad* junta el *todo* de Dios con la *nada* del hombre"<sup>24</sup>. La frase "Tú eres el *Todo*, yo soy la *nada*", se podría comentar a la luz de los "todos" y las "nadas" de san Juan de la Cruz, sin embargo, debemos tener en cuenta el consejo que el mismo padre Morales nos da:

"No olvidéis la consigna-ejemplo de santa Teresita: 'Él único medio para hacer grandes progresos en el camino del amor es ser siempre muy pequeñito. Así lo he hecho yo. Me he olvidado de mi alma. He procurado no buscarme en nada a mí misma' (*Nov. V.* 83, 114). Las '*nadas*' y los '*todos*' de san Juan de la Cruz *se hacen asequibles...* basta seguir la atractiva sencillez del '*caminito*' de infancia espiritual"<sup>25</sup>.

<sup>22</sup> Directora General de las Cruzadas de Santa María y colaboradora del padre Morales durante los últimos 25 años. En la homilía del 7 de enero de 1994, -ella no estaba presente- con afecto paternal, dijo: "Estamos ofreciendo la Misa estos días por Dionisio, el padre de la que Dios, en su providencia, ha querido que sea la madre de cada una de vosotras... Y ofrecemos la Misa por la hija, madre de todas y cada una de vosotras, y de las que vendrán...".

<sup>23</sup> T. V, *Semblanzas*, 191.

<sup>24</sup> *Hora de los laicos*, 563.

<sup>25</sup> *Vademécum*, 32-33. De ahí que hayamos decidido seguir su consejo. La amistad con san Juan de la Cruz, está muy presente en santa Teresita y también en el padre Morales, pero sería un tema para otro trabajo. Vid. T. XII, *Semblanzas*, 157-184.



¡Qué decir de su amistad con Teresa del Niño Jesús, la "santa más grande de los tiempos modernos" como le gustaba repetir con san Pío X:

"Como ella debes aspirar a decir al final de tu vida: 'En cuanto a mí, las únicas luces que recibí son para ver *mi nada*, pero esto me hace más bien que ilustraciones sobre la fe' (Nov. Verb., 139)<sup>26</sup>.

Se diría que esa luz la recibió también el padre Morales. Durante los últimos años repite constantemente: "No me importan tus miserias, lo que quiero es amor y confianza"<sup>27</sup>. Así pues, su amistad con Catalina y Sofía, nos conduce hasta Teresita, será ella la que nos revele lo más íntimo del corazón del padre Morales. El actual arzobispo de Bolonia, Mons. Carlo Caffarra<sup>28</sup>, en una visita al Carmelo de Parma, en 1996 —entonces arzobispo de Ferrara—, comentó la doctrina de santa Teresa del Niño Jesús, sintetizándola en la frase: *Sola misericordia tua*, frase que escogió como lema episcopal<sup>29</sup>. Como señala C. Caffarra, para Teresa, Dios ha querido mostrarse como *misericordia infinita*. El amor de Dios en cuanto misericordia es un *amor anterior* a cualquier iniciativa y obra nuestra, es decir, es completamente *gratuito*. Pero para que la lógica de la gratuidad resplandezca en todo su esplendor es necesario que

<sup>26</sup> *Vademécum*, 176-177.

<sup>27</sup> En una carta con fecha de 13 de febrero de 1990, escribe a una cruzada: "No me importan tus miserias, lo que quiero es amor y confianza, es lo que te dice Él y no debes olvidar nunca para convertir tus miserias ofrecidas en apostolado continuo, para que la gracia acabe triunfando en tantos corazones rebeldes, el primero el nuestro". Cf. M. A. VELASCO, *Tomás Morales, sacerdote de Jesucristo, crónica inacabada de un amor inacabable*, Monte Carmelo (Burgos 2004) 194.

<sup>28</sup> Otra anécdota: el 22 de enero de 1994, Mons. Carlo Caffarra, entonces Presidente del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia, de Roma, viajó a Madrid para impartir un Seminario en el Instituto Berit de la familia. A llegar, comentó: "Quiero saludar al padre Morales, ¡no todos los días se puede saludar a un santo!".

<sup>29</sup> C. CAFFARRA, "Santa Teresa di Lisieux: ritorno all'essenziale", Carmelo de Parma, 16-11-1996. Y también, "Santa Teresa di Gesù' Bambino e del Volto Santo: *La mia vocazione é l'amore*", Inauguración de la Exposición sobre santa Teresa del Niño Jesús, Palacio Roverella, 6-6-1997.

Dios se vuelva hacia el que no tiene *nada*. Escribe Teresa en el manuscrito B:

"Para que el Amor sea plenamente satisfecho, es necesario que se abaje hasta la *nada*, y que transforme esta nada en *fuego*".

El texto es admirable es su simplicidad: ya que Dios ha querido amarnos no con un amor cualquiera, sino con un amor de *misericordia*, la elección más adecuada es la de amar a quien no tiene *nada*, así se muestra del modo más claro la cualidad de su Amor<sup>30</sup>. La verdadera riqueza de la criatura es su *pobreza*, la verdadera fuerza es su debilidad, por tanto, no sólo no debemos huir de nuestra pobreza y debilidad, sino que debemos amarlas como nuestros verdaderos *tesoros*. Sólo así permitiremos a Dios ser Dios, es decir, misericordia y gracia. Los textos teresianos al respecto son innumerables. Es necesario hacer una observación para no desvirtuar lo que dice la santa. Ella no está haciendo un discurso ascético sobre la virtud de la humildad: la humildad es una virtud que nos hace grandes delante de Dios. Teresa habla de sí misma como de una persona que *permanece simplemente en su nada*, que es *objetivamente pobreza, imperfección*. "No hay alegría comparable —escribela aquella que goza el pobre de espíritu", "es necesario aceptar ser pobre y sin fuerzas, he ahí, lo difícil... amamos nuestra pequeñez, amamos no sentir nada". El padre Morales nos recomendaba apropiarnos las palabras de la santa:

"Podrás apropiarte las palabras de santa Teresita: 'Soy demasiado pequeña para sentir vanidad... Prefiero constatar sencillamente que el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas, la mayor de las cuales es haberme mostrado mi pequeñez, mi impotencia para todo bien' (Hist. IX, 121)"<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> Cf. C. CAFFARRA, "Santa Teresa di Lisieux: ritorno all'essenziale", Carmelo de Parma, 16-11-1996.

<sup>31</sup> *Vademécum*, 176. "Misionera del Amor, como María en la Visitación. "Glorifica y engrandece mi alma al Señor, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas" (Lc 1, 46), la mayor de las cuales, agrega con santa Teresita, 'es haberme mostrado mi pequeñez, mi impotencia para todo bien'" (Regla 5, femeninas, 54).

Tal vez alguno se pregunte si con esa actitud no se llegará a una especie de quietismo espiritual, a una actitud interior en la cual no se desea ni se quiere nada, para no huir de la propia pobreza. Hay expresiones de Teresa que son desconcertantes. También el padre Morales nos dirá:

“Gózate en tus miserias. Saborea tu nada. Piensa muchas veces que ‘el Corazón de Jesús es trono de misericordia en el cual los miserables son los mejor acogidos’<sup>32</sup>.”

En realidad, en santa Teresa la experiencia de su pobreza querida y amada, es la otra cara que subyace y nutre la ofrenda total de sí misma al Amor de Dios que es *sólo misericordia y gracia*. Si Dios quiere comunicarse al hombre como *sólo misericordia y gracia*, ¿de qué modo podrá estar en verdad el hombre frente a Él?, ¿Cómo podrá encontrarlo realmente? ¿Cómo será posible para el hombre ver el rostro de Dios? Si se presenta con algo en las manos, querrá llamar la atención de Dios a causa de lo que tiene. Entonces, ¿qué Dios quiere encontrar el hombre en realidad? Un Dios que *no es pura misericordia*, que *no es sólo gracia*. Pero si el hombre no tiene *nada*, ¿qué cosa le da derecho a esperar que Dios se volverá hacia él? Sólo su misericordia y sólo su gracia. Teresa dice: “si Dios ha querido ser para mí sólo misericordia, y solo gracia, existe un solo modo de ‘sentir’ su voluntad (es decir, de ver el rostro de Dios), *no ser y no tener nada* en mí que pueda justificar su Amor hacia mí”. Por no ser y no tener *nada* me *entrego (abandono) totalmente* a su gracia que me hace ser-tener *todo*. ¿Cuál es por tanto mi fuerza? El no tener ninguna porque sólo así Dios podrá comunicárseme de la manera que ha querido hacerlo. En este sentido, escribe el padre Morales:

“Reconocemos nuestra *nada*, proclamamos la *grandeza de Dios*, al repetir con san Pablo: ‘Con sumo gusto me glorío en mis miserias, para que la *fuerza de Cristo* viva y resplandezca en mí’ (2 Co 12, 9)<sup>33</sup>.”

En síntesis, el hombre es *nada* en sí y por tanto (precisamente por esto) es *todo* en Dios. La *nada* del hombre que se con-

<sup>32</sup> *Vademécum* 256-257.

<sup>33</sup> *Vademécum*, 257.

vierte en *todo* en Dios, se llama desde el punto de vista de la actividad humana, *abandono* (confianza, entrega de sí). El *todo de Dios* que *transforma la nada* de la criatura se llama, desde el punto de vista del obrar divino, *misericordia y gracia*. Esta es la única posibilidad según Teresa, para que acaezca la unidad del amor entre Dios y la criatura humana: “es la confianza y solo la confianza la que debe conducirnos al Amor”. Teresa se siente investida de la misión de enseñar este “caminito” a toda la Iglesia, este “retorno a lo esencial”. Por tanto, la fe y la esperanza nacen de la más radical confianza, la única que pone en movimiento la unidad del Amor entre Dios y la criatura. Esta *unidad*, hace que la *criatura se convierta en todo en Dios*. El acto de la total confianza-entrega no puede concluir en una pérdida: porque el amor de Dios no quiere destruir a la criatura, sino tomarla. Si la vacía es para llenarla de Él, y si quiere que ella no se base sobre la propia justicia, es porque pretende revestirla –a cambio de su abandono– de su propia justicia, fuerza y santidad divina. Si quiere que se abandone, es porque quiere elevarla hasta Él. Unas semanas antes de morir, le preguntaron a Teresa qué significaba para ella “permanecer pequeño delante de Dios”. Responde:

“Significa *reconocer* mi propia *nada*, esperar *todo de Dios*, como un niño pequeño lo espera todo de su padre; significa no inquietarse por nada... al niño se le da todo lo que necesita, pero cuando crece su padre le dice: ahora trabaja tú, puedes bastarte a ti mismo. Y para no escuchar esto no he querido crecer, sintiéndome incapaz de ganar la propia vida, la vida eterna del cielo”.

Toda la vida cristiana en el fondo consiste, para Teresa, sólo en dos palabras muy sencillas pero muy difíciles de vivir: *dejarse amar*. ¡Es todo el Evangelio! Nuestro pecado es uno solo: no creemos en el amor. Teresa ha creído de tal manera que ha podido fundar sobre esa fe toda su vida. Por esta certeza del amor divino en ella se entrega sin medida. Sabía y sentía que al entregarse sin medida, vencería porque Dios vivía en ella. *Abandono*, por tanto, al Espíritu Santo, que vive en nosotros: el abandono en Dios, que supone la fe en el amor de Dios. Sólo una cosa se nos pide: *crear en el amor*.

Como señala C. Caffarra, es una síntesis perfecta de su experiencia y doctrina, todo es *gracia, sola misericordia tua*: “Teresa no ha querido jamás poner *nada* de sí misma, y por ello, se ha con-

vertido en la Iglesia entera: es apóstol, es contemplativa, es esposa, es virgen: ha querido *todo* y ha obtenido todo, porque se colocó allí de donde deriva todo: el amor del Padre. Nos ha llevado a la esencia misma de la Iglesia: creer y dejarse amar por Dios en Cristo. Todo el cristianismo está en esto. La misión nace de aquí, de la pasión por el hombre, impedir que se pierda, anunciando que Dios lo ama siempre<sup>34</sup>. Si a ella se le ha pedido solamente dejarse amar, ser pura disponibilidad hacia el amor del Padre, entonces en ella lo imposible se hace posible: ella ama en el modo y en la medida con que el Padre en Cristo ha amado el mundo. ¿Cuál es este modo? la pura *gratuidad*. ¿Y cuál es la medida? *ilimitada*. En este sentido, escribe el padre Morales:

"Santa Teresita miró a la Virgen en la Anunciación. Como Ella, *supo crear* en el amor. Conocía su pequeñez, pero esto no limitó su fe. Creyó que Dios había hecho grandes cosas en ella... Una sola condición para que Dios se entregue: *la fe del hombre*. Y Teresita no puso límites al amor. 'Mi vocación es el amor' (*Hist. alma*, 11), cree en él. Remonta su vuelo buscando el Sol, Dios Trino y Uno. 'El Señor fue su único guía. Como águila extendió sus alas, la levantó y puso sobre sus hombros' (Dt 32, 10). Se eleva sola pero en su soledad arrastra a todas las almas..."<sup>35</sup>.

Cuando el padre Morales repetía: "Tú eres mi Todo, yo soy tu nada", nos estaba indicando que hacerse *nada* es *dejarse amar* para llenarse del que es *Todo*. Es, como nos sugirió en los puntos de meditación —los últimos que dio a las cruzadas— el 3 de abril de 1994, en Gredos<sup>36</sup>, domingo de Resurrección: "ofrecer a la gracia santificante el *vacío total* del buen ladrón" para que lo llene de su Amor. Un vacío total que nos invita a la entrega, al abandono, siguiendo a santa Teresita:

<sup>34</sup> Cf. C. CAFFARRA, "Santa Teresa di Gesù' Bambino e del Volto Santo: *La mia vocazione é l'amore*", Inauguración de la Exposición sobre santa Teresa del Niño Jesús, Palacio Roverella, 6-6-1997.

<sup>35</sup> *Vademécum*, 35-36. "Sencillez corredentora con María. Éste es el mensaje de Teresa a la Iglesia" (T. X, *Semblanzas*, 7).

<sup>36</sup> Al día siguiente, 4 de abril, se marchó a Ávila para pasar las convivencias de Pascua con los cruzados; el martes se resbaló en la piscina y se fracturó el fémur.

"Imita a santa Teresita, consciente de su debilidad, se entregó y abandonó a la Divina Providencia"<sup>37</sup>.

También él se abandonó: en la primavera de 1994, durante su convalecencia en el Hogar de la cruzadas, su superior, el provincial de la Compañía de Jesús, le comunicó que debía trasladarse a la enfermería de los jesuitas, de Chamartín, para recuperarse mejor. Podía elegir el día, y eligió el 10 de junio, solemnidad del Corazón de Jesús<sup>38</sup>. Con profunda paz espera el día del Corazón de Jesús, repitiendo:

"Corazón de Amigo que nos das tu presencia, tus palabras, tu vida, tu muerte. Nos dejas tu Madre, tu Eucaristía, tu Espíritu. Te entregas por nosotros hasta la sangre, el sudor y las lágrimas"<sup>39</sup>. "Danos fuerza para *consolarte*"<sup>40</sup>, haciendo siempre la voluntad del Padre"<sup>41</sup>.

Sobre las doce de la mañana, después de rezar el Ángelus, abandonó el Hogar de las cruzadas, para subir "diligente" a la Montaña, en su última campaña de la Visitación, campaña de amor<sup>42</sup>. En el epílogo de las reglas femeninas, se despide con estas palabras:

"La vida cristiana es *ascensión a una montaña*, cada vez más abierta a los panoramas de la verdad revelada, pero cada vez

<sup>37</sup> *Vademécum*, 162.

<sup>38</sup> Él nos había enseñado a vivir la consagración al Corazón de Jesús "con espíritu paulino de despojo total, prolongando la Misa en todos los actos del día" (Regla 28, 196). "El cruzado sabe que inmolarse es arder como la llama hasta extinguirse silenciosamente, verter la propia sangre por Quien se ama... es morir por la mística locura de reflejar al Cristo del Calvario, en un martirio lento y solitario" (Regla 28, comentario, 202). "El cruzado, laico o clérigo, es siempre *alma verdaderamente sacerdotal*, inmersa en el mundo, sin ser de él, con mentalidad plenamente laical" (*Ibidem*, 204).

<sup>39</sup> *Oracional*, 154-155.

<sup>40</sup> Durante aquellas semanas de convalecencia, decía a una de las cruzadas que le acompañaba: "Ven, ¡vamos a consolar a Jesús!". Le ayudaba a ir hasta la capilla, se situaba cerca del altar, a los pies de la Virgen, mirando al sagrario.

<sup>41</sup> *Oracional*, 180.

<sup>42</sup> "Por amor a Ella, vivimos su campaña de amor, campaña de la Visitación..." (Regla 24, comentario, 172). "Misionera del amor, la Virgen, levantándose, "se dirige presurosa, diligente, a la montaña..." (T. V, *Semblanzas*, 203).

quizá más fatigosa hasta alcanzar la cúspide: transformación en Cristo, ser voluntad de Dios, Hostia de la Trinidad. Camino, atajo: la Virgen. Cuanto más pequeño se es, más Madre se muestra María. Para ser perfecta cruzada, "otro Cristo" no pierdas la ruta, utiliza el sendero: la Virgen. Su misión providencial: formar a Cristo en cada uno de nosotros. *Mujer ahí tienes a tu hijo* (Jn 19, 26)".

Sin duda, durante aquellos meses de estío, repitió la súplica con la que concluye esa larga carta que es *Tesoro escondido*:

"¡Santa María del Encuentro! Despréndeme de un mundo que pasa; prepárame para el abrazo perfecto de duración eterna, acógeme para ser eternamente Hostia de Amor en alabanza de la Trinidad Santa glorificando para siempre *sus misericordias*"<sup>43</sup>.

Permaneciendo en el Corazón de Jesús –del que nace la Iglesia–, la Virgen escuchó la súplica de aquel que tantas veces la había llamado "Madre mía queridísima". Le ayudó a coronar la cima, el 1 de octubre, mes del rosario, primer sábado, ¡fiesta de santa Teresa del Niño Jesús! "Pasó lo que tenía que pasar!"<sup>44</sup>, entre todos los santos del cielo, Teresita, la más pequeña, se aproximó corriendo para *acompañar* a Tomás, que dormido en brazos de su Madre<sup>45</sup>, nace para la Vida eterna. Pero Tomás, antes de alcanzar la meta, con una mirada traviesa, se vuelve para decirte, "¡desayúnate, que estás de huevo!"

"Dale todas las vueltas que quieras al Evangelio. No entrará en tu corazón hasta que la sinceridad sencilla del niño no te penetre. *Los cariños de Jesús se vinculan al alma que se hace niña*. Sólo los que vuelven a ser como niños entran en el Reino (Mc 10, 13), entienden la revelación de Dios (Lc 10, 21) y cantan sus alabanzas (Mt 21, 9). Y no olvides que 'permanecer pequeño es *reconocer nuestra propia nada*; esperar lo todo de Dios como el niño lo espera todo de su padre' (Nov. Verb., 6-8-97)"<sup>46</sup>.

<sup>43</sup> *Tesoro escondido*, 331.

<sup>44</sup> T. V, *Semblanzas*, 130.

<sup>45</sup> "Ella nos lleva en su seno mientras vivimos en la tierra. Nos alimenta de la vida divina que inunda su alma, hasta *darnos a luz en el cielo* en el instante feliz de la muerte" (regla 1, comunes, comentario, 12).

<sup>46</sup> *Vademécum*, 166.

Juan Pablo II, en su último viaje a España, el año 2003, vino para proclamar a cinco nuevos santos<sup>47</sup>. Es lo que la Iglesia espera de cada uno de nosotros, nuestro testimonio de santidad:

"Una pléyade de santos exige el mundo al aproximarse a su tercer milenio. No bastan santos aislados. Tienen que brillar *constelaciones luminosas de santidad* en el firmamento de la Iglesia"<sup>48</sup>.

Una constelación luminosa de santidad brillará en el firmamento de la Iglesia, si permanecemos pequeños en el regazo de nuestra Madre, la Iglesia, testigo de la misericordia de Dios en este mundo, nos conduce al Amor de Dios Padre:

"La *liturgia eterna* del cielo consistirá en *glorificar* eternamente la *misericordia* de Dios. El amor frente a la miseria, eso es la misericordia. No habría misericordia en Dios, si no existiesen miserias en nosotros. *Seremos en el cielo testigos vivos de su misericordia*"<sup>49</sup>.

<sup>47</sup> Pedro Poveda, José María Rubio, Genoveva Torres, Ángela de la Cruz y María Maravillas de Jesús.

<sup>48</sup> *Hora de los laicos*, 276.

<sup>49</sup> *Vademécum*, 293. "La misma elección de Dios está envuelta en el misterio de la misericordia que permite dirigir las acciones de los hombres a un término de gloria" (J.J. PÉREZ-SOBA, "Libertad y afectividad", en Actas del Congreso de Teología Moral, Facultad de Teología "San Dámaso". Madrid 2004, 151).

**Otros títulos publicados  
en esta Colección:**

- N.º 1 Los Laicos ante el tercer Milenio.  
Lydia Jiménez.
- N.º 2 Las miradas de un hombre de Dios.  
Beatriz de Ancos.
- N.º 3 El Padre Morales y la Cultura.  
María A. Góngora y Anne Pralong.
- N.º 4 En escondido.  
M.ª Consolación Isart.
- N.º 5 Amistad y vocación a la santidad.  
Teresa Cid.